

El Amoroso

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.

~~El Amoroso~~. Parte de esta novela fue seleccionada para trabajar en una Clínica de Escritura a cargo de Matías Serra Bradford en el Centro Cultural Ricardo Rojas, en el 2012.

Domenech, María Tamara

El Amoroso / María Tamara Domenech. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-86-1088-7

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.

CDD A863

I-

¿Cuántas bolsitas de pan por día tengo que anudar para llegar a fin de mes?, ¿serán cien, miles, infinitas? Esta es una pregunta que me hago a cada rato y nunca termino de responderla.

A la mañana temprano cuando empiezo a trabajar, anoto en una libreta que me regaló mi padre para el último cumpleaños, cada cifra de manera prolija y sistemática pero, ni bien se acerca el mediodía, los números me traicionan y me tienden una trampa inesperada: se acuestan sobre la hoja cuadriculada y se echan a descansar. Todos los días, desde hace cinco años, ocurre lo mismo. No logro concentrarme en una cuenta tan simple.

Durante el almuerzo miro los dedos de la mano y pienso que no existe un número finito para los movimientos que están predestinados a hacer. Terminó de comer una medialuna apurada y decido entonces pintarme las uñas de los incansables para adornar la matemática escurridiza.

El esmalte que uso nunca se seca durante la hora que me dan para almorzar, tengo que elegir muy bien los colores porque sé que pueden llegar a quedar rastros, arañazos inesperados sobre el nylon transparente que toco. A las señoras les molesta mucho mancharse las manos y las polleras con mis colores; a los chicos les divierte quedar pegados a un manchón que sale únicamente con un producto tóxico y los hombres entienden perfecta la señal. Saben que el contagio que se produce entre el esmalte y las bolsitas pertenece a un amor no correspondido y, sin embargo, como el contacto nos vuelve sentimentales, insisto y dejo en cada una, huellas de despedida, algo de mí, porque sé que el final se aproxima y vislumbro los tachos de basura a los que van a ir a parar.

Un día pasó algo sorprendente para mí, un hombre tocó la campana del puesto y me dijo:

– Entiendo por qué se pinta las uñas antes de atenderme.

Y le pregunté:

– ¿Por qué cree que lo hago?

– Es que le debe dar pena que sus clientes se deshagan, así nomás, de los envoltorios de su trabajo.

En ese momento no supe qué responderle.

Después pensé que lo que me da pena es no saber hacer una cuenta que, supongo, atenta contra mi cordura.

Quizá dejo marcas en las bolsas para pedirles a las personas que, si algún día tienen ganas, vengan a auxiliar mi incapacidad.

Llega la tarde y no puedo pensar en otra cosa que no sean los números, por más que lo intente, ellos tienen más fuerza que otros pensamientos. Nombro a mis ex novios y aparecen disfrazados de números; pienso en mi madre y su ropa aparece salpicada de tuco numérico; pienso en mi casa y, cada una de las paredes, tiene un número que no coincide con el que necesito saber; pienso en mis hermanos y son lenguas que repiten en un nivel básico de inglés números decapitados de sus geografías; pienso en mis amigas más cercanas y están contando los movimientos que ejecutan sus dedos desafiantes a la finitud.

Para resistir hasta la noche practico un ejercicio de concentración que consiste en anudar las bolsas en el aire, lo más rápido posible. Al tomar la bolsa, exhalo y pienso

en un cuadrado verde; al anudarla, aspiro y visualizo el viento a favor, en una plaza, sobre mis dedos.

Anudo aproximadamente cien bolsitas en diez minutos. Debería llegar a anudar esa misma cantidad en un minuto y medio. Me ejercito porque sé que voy a llegar.

A veces, los clientes entran y no entienden, en absoluto, el ejercicio. Ven aire y nudos alrededor y, como no encuentran el pan que van a buscar, sienten la misma desorientación que yo cuando la matemática de mis manos paraliza la conexión con la mente y la transmuta en los caprichos de un perro.

Entonces preguntan con tono angustiado:

– Acaso, ¿se vendió todo?

Y respondo:

– Quédense tranquilos que hay de sobra. Espérenme un ratito nada más hasta que termine la ejercitación.

Ellos parecen molestarse. Sus caras les exigen cosas a mis manos. Se produce un choque, un combate invisible y violento, porque sus cuerpos se transforman en grilletes de mi manera de pensar e insisto:

–Ya voy, es un minuto nada más, déjenme terminar con la práctica para mejorar la concentración.

Pero sus ojos no aguantan más y me roban el pan que tanto me cuesta cocer.

Ver sus manos echadas sobre un canasto, de pronto, me despeja la mente. Cuento de a pares los panes y llego hasta el número cincuenta. Las cuentas se aclaran cuando me roban. veinticinco personas quieren, a toda costa, doscientos kilos de miñones.

Intento ahora una meditación activa, cada bolsita anudarse en la cabeza de los clientes. Y lo logro. Rápido toman ellos las pinzas de las facturas para abrirle paso a la respiración y vuelvo a intentar ligar bolsitas con nudos tenaces, en progresión con el aire caliente del horno. Pero lo cálido abre la muerte y salen corriendo con los miñones entre sus brazos.

Pero el pan regresa rodando y me despista. No vuelve al canasto, se yergue en el techo del negocio y se cruza de brazos. Por primera vez, me siento defendida por el alimento que me hace existir a costa de perder la razón. No sé si me engaña pero, ahora, defiende la acción de mis dedos por haberlo creado.

Salgo un rato a tomar aire, estoy realmente exhausta por lo que pasó. Los panes defensores parecen velas de cera gigantes. Están encendidos y creo que se quedarán haciendo guardia toda la noche.

La cera derretida cae en mis ojos. Y yo, que estoy sentada en una silla debajo, me dejo tapar el rostro para probar si, de esa manera, pienso en otra cosa que no sea en el alimento convertido en una cifra.

Cae una gota.

Dos.

Tres.

Cuento hasta mil y me quedo dormida.

En el sueño cada persona es la que es en la vida real. Ninguna aparece transfigurada algebraicamente. Me piden cosas sin cantidad. A cambio doy cosas que no pesan.

¿Anudaré mil bolsitas por día para llegar a fin de mes?

¿Será ese el número que no logro captar?

¿Habrán sido piadosos mis panes que me ayudaron a completar una cuenta imposible?

¿No serán demasiados nudos los que mis dedos tendrán que vencer?

II-

Vuelvo caminando a casa y tengo un sueño que se transforma en un gusano, unas cuabras antes de llegar.

Mis manos que anudan bolsitas no me pertenecen del todo porque soy vieja y, en unos días, voy a morir. Estoy en una habitación ajena a los vivos, en la que entra un joven hermoso que me saca las bolsas de las manos para continuar él la cuenta infinita. Me enfurezco porque quiero seguir despierta para decirle que es injusto que alguien tan lindo desperdicie su belleza encerrado en una cuenta y porque me gustaría que me mire como a una chica, no como a una anciana a punto de que sus manos den por terminada la suma de toda una vida.

Y le digo:

– Estas bolsas son traicioneras. Yo que vos, con los aires que despide tu presencia, probaría suerte en otra cosa.

– Gracias por el consejo pero sé, perfectamente, lo que hago. Necesito empezar este trabajo porque tengo muchos proyectos por pagar, sino le molesta, preferiría que me pasara las bolsas así continuó la tarea.

– ¿Te puedo pedir un favor?

– Sí, por supuesto.

–Hacé algo, no me quiero morir. Este es un callejón sin salida que me tendieron las malditas. Yo no soy vieja, ellas me están enmascarando para que parezca pertinente ponerme en este horrible cajón.

– ¿Qué puedo hacer?

– A veces me pregunto, ¿por qué la belleza de la gente no coincide con la belleza para la acción? Te pedí que hicieras algo, ¿no podés imaginarlo vos con la fuerza de tus hermosos ojos?

– A ver...quizá sacándole las bolsas de la cara.

– Es una opción.

– Voy a probar pero no salen.

– ¡Te pido que lo hagas con entusiasmo, no me ayudes por caridad!

– Lo estoy intentando pero no es fácil, es como si se hubieran mezclado con su piel y no hay diferencia ni límite entre una cosa y la otra.

– ¿Entonces?

– No sé qué más hacer, aparte, a mí me llamaron para otra cosa.

– Cómo te voy a pedir que seas decidido si sos un cobarde vos. Estás en presencia de una moribunda y lo único que se te ocurre decir es que fuiste llamado para otra cosa ¿para qué? contame, ¿para qué fuiste llamado hasta aquí?

– Me tiene que dejar empezar a trabajar y punto, no tengo por qué darle más explicaciones.

– Pero tenés que ayudarme a salir de este engaño porque estamos solos y nos necesitamos. Vos querés mis bolsas a cambio de mi muerte y yo quiero que tu belleza se manifieste en una acción que pueda devolverme mi verdadero rostro.

El chico se queda sentado, al lado mío, mientras mira los anillos de colores que tengo en los dedos.

Yo no puedo porque estoy apretada en un ataúd pero recuerdo el brillo que desprenden mis pertenencias.

De tanto mirar uno de ellos me toma de la mano y ¡zás!, al tocarla, veo cómo las bolsas lo empiezan a envejecer a él también. De ellas se eleva la maldición, del lugar del sacrificio y soy la reina del ínfimo tiempo en el que se deteriora la belleza de una persona.

No puedo soltarlo porque las bolsas nos maniatan las manos pero, con mi boca, hago todo lo posible para reparar el destino inevitable y comienzo a gritar fuerte.

Le suplico que se quede conmigo porque quizá la belleza de él, sumada a las cuentas troqueladas que nunca pude terminar, lleven a cabo un plan de rescate. Lo beso fuerte, con mordiscones, queriendo tragar sus proyectos en los que no estoy.

Mi boca le dice: “quiero un beso tuyo aunque nos muramos hoy, tus labios cerca de los míos, en esta tumba plagada de bichos gestados en el encierro de nylon”.

Ahora, le gritan mis manos frases oscuras y secas que no puedo reproducir porque me quitarían la fuerza para contar lo que pasó.

De su boca sale un gemido de cachorro que nació grave. Sus ojos tienen un anzuelo de odio que queda detenido, justo, en el borde del precipicio en el que estamos. La belleza de él tiene poder de destrucción. Me caigo, después de recorrer miles de metros en el aire en un cajón usado que tiene medallitas atoradas en el colchoncito de adentro.

Estoy tiesa y despierta. A punto de morirme y llena de ilusiones. Amorotonada y sin rencor. De mis manos sale un puñal con la forma de un árbol de fantasía que se lo clavo en el pelo y así lo pesco a mi manera. Lo acuesto, luego, en el cajón donde estoy yo boca abajo.

Estamos uno encima del otro muriéndonos y me pregunto, quién lo cerrará, ¿vendrán las bolsas a terminar el ritual?, ¿las veremos regodearse por entre las ranuras de la madera endeble?

Cuerpo con cuerpo empiezan a pasar cosas inesperadas que no recuerdo. En ese instante, me despierto, la pesadilla termina y llego a casa.

El departamento tiene olor a encierro. Abro las ventanas y respiro aliviada el cambio que se produce, a partir del choque, entre corrientes distantes: las bolsas que respiraban en mi cara; el olor de una casa que vive cerrada durante varias horas por día; el viento de la calle que viene a limpiar los restos de pesadilla.

Como pan con queso mientras preparo la ropa para el otro día y la ropa de cama.

Como pan con queso y me quedo pensando en el chico que murió arriba mío.

Pan con queso y vislumbro un cajón decorado con estrellitas de colores y purpurina donde me gustaría estar cuando la muerte no sea una trampa para ratones.

Pan y pan y estar con mi prometido panza arriba en un cajón con llaves del que podamos salir para tomar sol.

Queso más queso, más queso derretido en mis manos, sin el pan que lo acompañe. ¿Por qué la traición estará tan cerca de lo que nos sacia?

III-

Cuando me levanto me pongo el conjunto de ropa que seleccioné la noche anterior. Siempre, antes de ir a dormir, saco casi toda la ropa del ropero y me pruebo distintos conjuntos hasta que encuentro uno, acorde con lo que quisiera vivir al día siguiente. Necesito hacer esto para saberme valiente y contrarrestar las horas en las que nos obligan a usar uniforme en el trabajo.

Dejo sobre la silla una pollera cortita, una remera suelta, un par de sandalias blancas y una flor para el pelo. Antes de salir al trabajo me maquillo y me pongo perfume detrás de las orejas.

Siento la felicidad en mis piernas cuando me dirijo al trabajo. En ese lapso de tiempo, que dura una hora, soy la mujer más libre del mundo. Doy pasos alentadores que jamás podrían dirigirse hacia atrás; huelo el aroma de las plantas dormidas; observo mis brazos desnudos reflejados en las vidrieras aún cerradas; mis aros volar al ritmo de una canción que tararean de memoria recuerdos infantiles; el reloj pulsera soltarse y entrar por la boca de los perros que pasean.

Me compro un paquete de galletitas para desayunar en el colectivo. Cric, crac suena mi corazón cuando las mastico mientras mi cabeza apoyada sobre la ventanilla, a la que no intento ordenar, se detiene en los días iguales en movimiento. El mejor presente para mí, es el que provee el colectivo cuando guarda un lugar para sentarme. No quiero nada más o sí, que el tiempo se vaya deteniendo de a poco y retrase la hora de fichada.

Cuando bajo, camino hacia el trabajo y mi felicidad se opaca por las dudas. Tengo que ser muy fuerte, dejar mis aros sueltos por ahí, desprenderme de lo que más quiero y ordenarle que se esconda. Si entro alegre, rápidamente, mis jefes, mis compañeros, los clientes y el lugar saben quitármelo con los gestos de sus caras.

Entonces, prefiero llegar fría, anonadada, sin objetos para no tentar la mala suerte.

Al llegar, la supervisora me dice: “buenas, dale, apurate, andá a ponerte el uniforme que se te hace tarde”. Voy rápido hasta el baño y me cambio la ropa.

Hay que usar, obligatoriamente, un mameluco azul marino, zapatos negros y una visera azul que tiene la marca de la empresa “El Amoroso”. Mientras me ato los cordones pienso: “no me voy a enloquecer aunque me esté disfrazando”.

Aunque intuya que si una trabaja diez horas por día, caracterizada de alguien que no es, corre el riesgo de mutar de personalidad.

Como les ocurre a algunos actores de la televisión en el país. Dicen que, al trabajar más de catorce horas por día, se les hace muy difícil volver a ser ellos mismos por sólo cuatro horas, teniendo en cuenta que las diez restantes las dedican a descansar.

Parezco un policía con esta ropa, un bombero, un electricista, un obrero, un plomero. La ropa moldea el carácter. Creerán que así podremos aguantar mejor el esfuerzo físico, ¡qué ridículo, qué horror! Así luzco como un heladero, un panchero, un mecánico, un chico rati banana.

Sin maquillaje, porque está prohibido, a veces, me comporto como un chico porque voy al baño y hago pis parada y no me miro al espejo porque total, para qué.

Las manos que revuelven ropa por la noche, durante el día se transforman en máquinas insulsas.

Mis anillos de plata chocan contra envoltorios de plástico grueso y cajas de cartón.

Voy y vengo, muy pocas veces puedo observar los contrastes. Nunca tengo tiempo.

Con un cúter abro cajas, latas, pasillos, las sonrisas de mis compañeras, las luces del fondo, las carteras que no ven más allá de sus bolsillos.

Y me hago un tajo en el mameluco azul y todos se quedan con la boca abierta.

La supervisora viene corriendo, desde el otro lado del local, porque observa, a través de un monitor que proyecta imágenes registradas por una videocámara, que me estoy tajeando el cuerpo.

Yo le digo que no es así, que esas cámaras mienten, que no me estaba suicidando, que me estaba abriendo el vestuario.

Y ella indignada, me pregunta:

– ¿Para qué, qué estás buscando con eso?

Y le contesto:

– Busco abrirme paso sobre el conjunto de latas, cajas y deshechos que se amontonan en el piso.

Pero ella está confundida porque lo que le digo le parece cierto pero la actitud le parece loca. Y me dice que para trabajar se requiere de un pensamiento y una ejecución alineadas con el raciocinio y le digo:

– No te preocupes, no pasa nada.

– ¿Cómo no pasa nada? si seguís así te vas a quedar desnuda y eso está prohibido en este trabajo y en todos los trabajos del mundo entero. Es una ley moral.

– No exageres, ya pasó. Es increíble cómo deforman los hechos esas lupas del mal.

– Esto no puede quedar así, me vas a tener que acompañar a hablar con el jefe a su oficina.

– Ya está, no pasó nada.

– Entonces cerrá, lo antes posible, las heridas de ese uniforme.

Me quedo pensando en la palabra herida y me las curo con cinta de embalar transparente. Pego los pedazos azules y construyo una ciudad brillante para la persona opaca que soy en estas horas.

Corto la cinta con los dientes y pego los pedazos en el uniforme que no me asemeja a los demás. Soy una mujer con un vestido de hombre. Soy un incapacitado que cometió un arrebato para poder ver un poco la carne que le pertenece a la noche.

Esta cinta me va a ayudar de ahora en más en mis problemas.

Con ella, mientras los demás trabajan sin parar y van de un lado al otro, como hacía antes de que el cúter titilara como una varita mágica en mis manos, hago peatonales invisibles. Un peinado que nadie ve. Pego la persona que soy a la ropa que tengo en casa. Me la pongo en las manos para que los paquetes de los otros no se metan en mi piel. Impermeabilizo las canciones para que no me critiquen mis compañeros y digan, cómo una idiota como yo, a esta edad, tararea melodías recordadas. Pego un lazo muy corto al único compañero con el que no siento pudor y ato la cámara del techo a mi hombro.

Soy una *camerawoman*. Alguien tiene que filmar esta ficción porque, si llegara a ser la vida real, qué haría para abandonar el personaje, quién me contaría cuáles son las técnicas para sacármelo de encima, qué ejercicios debería hacer para soportarlo la vida entera hasta que juntase el dinero para hacer algo grande y dejara de usar la ropa que no me gusta, la ropa que no soy.

IV-

El episodio del uniforme quedó ahí. La supervisora me dijo que nunca más volviera a romperlo porque, si eso ocurriera, iba a tener que tomar una represalia dolorosa.

Vuelvo a las tareas habituales pero no puedo concentrarme en lo que debo hacer.

Los agujeros de mi ropa me lo prohíben. Miro alrededor para identificar alguna situación que contenga la distracción de la que soy parte y, por suerte, mi atención

se hace presente en el nuevo empleado que ingresó para cortar carne. Es tan alto que las cuchillas en sus manos parecen escarbadientes. Tiene puesto un pulóver tejido a mano de color turquesa y un jean gastado. Las suelas de sus zapatos dejan manchas de barro y flores en el camino que va de la heladera al mostrador.

Todavía no sé cómo son sus ojos porque nunca se detuvo en nadie. Su mirada está clavada en los fragmentos de res que todavía le falta sacar del frigorífico, a los que, sin tocarlos, imagina perfectamente.

Él no se da cuenta de que lo estoy observando escondida detrás de una góndola y, como quiero seguir así durante todo el día, tengo que mimetizarme con los productos para que no me descubran esta vez. Entonces saco con el cúter las etiquetas de las latas de duraznos, cuidadosamente, y las voy pegando en mi ropa para pasar desapercibida.

El nuevo empleado no me parece lindo pero estoy fascinada con cómo agarra y controla el instrumental de trabajo. Afila los cuchillos en el aire con la intención de decirle cosas al mundo con dos puntas encontradas. Son frases cortas y punzantes que, en su interior, guardan piedras devoradas por gritos nocturnos. El chasquido de cruces que domina es un espectáculo que lo hace para sí mismo.

Eso me gusta del nuevo empleado, además de su altura. Trabaja como si hiciera performances para un público que sabe a la perfección por dónde cortar la carne sin tocar los huesos de los animales.

Yo que sigo vestida de durazno, lo aplaudo con los ojos que además le chistan: “¡bravo!”, en silencio. Y las palmas de mis ojos se quedan cerradas y pienso en cuántas de las cosas que hacemos, las ejecutamos con la intensidad y la alegría de ser partes de un espectáculo que se lo dedicamos a alguien, aunque los espectadores seamos nosotros mismos.

La exigencia que procura, en sus movimientos de manos, me trae el recuerdo de mi madre cuando lavaba la ropa de sus hijos. Es la misma concentración, el esmero luminoso que hace que se destaquen del resto.

La dicha de las cuchillas y del jabón de lavar parece que residiera en lo que logran proponer, siendo, ellos mismos, objetos inanimados. Hay proyectos que salen de las puntas y de los ríos turbios que se imantan a muchos metros de piel con la ilusión de que les pasen cosas.

Cierro los ojos y se me aparece mi madre vestida con una pollera cortita, una remera suelta, unas sandalias blancas y mi flor en el pelo. En sus manos tiene dos cuchillos calzados hasta los codos, como si fueran guantes de goma color naranja. Lava nuestra ropa, con las que, ahora, considero manos mecánicas y la revuelve, de un lado al otro de la pileta, sin darse cuenta de que la está rompiendo con la fuerza que ejercen sus muñones trastocados.

Le pido algo así como: “¡por favor, cuidado que es la única que tenemos. Tu deber de madre se está llevando por delante el amor que cada uno de nosotros deposita en sus prendas de secreto!” y me tapo la boca porque no quiero que me descubran. Sigo escondida con pálpitos de otras épocas que surgen de lo que mis ojos aplauden.

Parpadeo y dejo de ver fijo. Me queda un tic inesperado de entusiasmo.

El chico mira fijo un pedazo de carne y se va por ahí a recorrer el nuevo trabajo. Intenta conocer un mundo a partir de la sustancia misma, del olor real. Y cierra los ojos. Los cuchillos y el afilador, que no le pertenecen, lo están llevando de las narices a que conozca cada uno de los rincones del negocio.

Los clientes se entusiasman tanto como yo con su arte del cuchillo porque, aun jugando a que está ciego, corta sin lastimarse los mejores pedazos para todos. Pero, como se ve que todavía necesita conocer el lugar y ya no queda más mercadería para cortar, se saca la ropa y la pone sobre el mostrador. Se queda desnudo con un delantal. Sus piernas están pendientes del recorrido que falta y su pelo no se da por vencido en una cuenta inconclusa.

Los ojos dicen: "no", mientras su boca le dicta a sus manos que se muevan lo más rápido posible. Sus manos a su boca le dicen: "solo queda tu ropa". Y sus ojos contestan: "cuando terminen con eso, sigan por otra parte".

El empleado revuelve sus prendas como si tuviera entre las manos un motor de lavarropas. Sacude sus perfumes dejando que se impregnen de los nuevos aromas que tiene el presente para darle.

Lo raro es que sus prendas hacen que una nube de jabón llegue hasta mis ojos y me haga llorar.

Me descubre en ese momento, soy un durazno que está por cortar y me dice:

– Te tengo.

Y le suplico:

– No, por favor, no lo hagas, no me cortes. Quiero llegar a mi casa esta noche.

– Es que no puedo dejar de dividir lo que tengo al lado mío.

– Te vas a arrepentir.

– Lo hago para entender, no controlo el pulso de mis cuchillas que clavan este lugar para conocerlo.

– Yo te lo puedo enseñar cuando salgamos.

– Fijate, lo dejo en tus manos, no creo que puedas.

– Hay un camino que yo hago al revés antes de irme para que no me vean. Vení, acompañame.

Y lo llevo a hacia un mueble que no tiene escrito mi nombre en el frente pero guarda mis cosas.

Saco mis medias y se las pongo en sus pies. Le cedo mi mameluco de hombre y mi visera. Me voy poniendo la pollera y la remera. A él en sus pies, unos ajíes verdes de sapo. Me calzo las sandalias y salimos. La flor para el pelo queda enganchada entre la ropa deshilachada que lleva en sus manos y tengo que tironearla para volvérmela a poner.

Yéndome vuelvo a ser la mujer más feliz del mundo.

La mano del hombre ya no lastima. No hay distancia entre nosotros.

Sin comprender los caminos de nuestros trabajos nos esforzamos por avanzar.

Estar contentos es dominar lo que no entendemos. Habernos escapado de una lata de duraznos.

V-

Vuelvo al otro día como si no me hubiera escapado. Esquivo, hasta agotarme, posibles miradas de reprobación.

Me pongo el uniforme perforado y empiezo a caminar.

En el carrito metalizado arrojo las cosas que me gustaría probar para ser una persona distinta a la que soy, pero cuando los objetos brillantes tocan el fondo, se apagan y esa reminiscencia, proyectada de abajo hacia arriba, traiciona lo que busco.

Intento varias maniobras para descubrir la manera en que cada producto conserve su esplendor inicial. Pongo suavemente, deposito con sigilo, los tiro para que reboten y resuenen en la jaula metálica, tomo cada uno de ellos con pinzas que me salen de los ojos, con el propósito de dejarles una mirada sin objeto pero no hay caso. Las mil maneras de llenar un carro que tiene agujeros hacen que éstos transformen lo que más ansío en sombras.

Entonces, pruebo llenarlo de personas a las que antes les doy de probar cosas que me gustan. A unas chicas rubias les doy de comer manzanas verdes perfumadas con sahumeros; a los empleados del local les doy unas bolitas de fraile espolvoreadas con estrellas de navidad trituradas; a unas señoras les pido que naden mariposa para que sobrevivan sus pechos envejecidos a cocinar manjares familiares; a unas patinadoras que hagan piruetas sobre unas perchas forradas con seda natural; a unas mozas que escriban en una hoja cualquiera un mensaje que hayan silenciado durante años, con la frescura que tienen sus muñecas llenas de pulseras.

No me gusta descartar. Las personas, los animales y las cosas entran en mi carrito como si fuera natural la progresión con el consumo pero, ni bien se acomodan formando una montaña, los dejo de ver y, por esa misma razón, son incapaces de sostener el espejo que necesitan mis personalidades.

Las cosas que hice transmutar ingresan en la tiniebla del ser y no proyectan nada. El resplandor que mis ojos extrajeron de lo que los había entusiasmado, ahora, son escombros que paseo con la insistencia de quien desea entender.

La tiniebla me lleva por un corredor frío. Después, por un bosque en el que vive un único animal salvaje. Más tarde, me deja sola un rato para que observe el borde fino que separa la altura de la montaña en relación al piso. Finalmente, me aturde contándome historias sobre las infinitas posibilidades que tenemos de trastocar nuestras vidas sin tener, entre las manos, las alhajas que nos despiertan.

A la tiniebla con los ojos cerrados le digo: “mentís, vos decís eso porque no resistís el paso de una góndola a mi estómago, que todos seamos los guardianes del color.”

Tengo que probar otra cosa. La tiniebla es un espejo débil para mirarme.

Experimento conmigo misma y me voy probando todo lo que mi mirada toca, antes de subirse al carrito. Pero cuando hago esto sucede algo extraño: me lleno con mucho menos de lo que ansío, me desinflató y me convierto en un ser transparente que puede huir perfectamente de la cárcel.

Todos los objetos que me pruebo pareciera que me condujeran hacia una misma persona.

Las joyas no me dan permiso para una transformación profunda y duradera.

Dejo atrás la montaña que daba sombra porque adelante aparece el futuro en rueditas.

Los caminos de la persona que soy se despliegan como ráfagas de viento que dan justo en mi cara. Son disparos dicróicos, espejos de un prisma cuyas puntas están afiladas para marear.

Despistada por la velocidad sólo capto detalles de lo acumulado.

Me subo al futuro y hago un zig zag llevándome por delante carritos ajenos, la comida que robo para alimentar las cosas que quiero hacer, chicos pequeños con viseras que les tapan la visión, frascos de aceitunas, vestidos de entrecasa.

Con este movimiento le saco chispas de luz al recorrido de siempre. Al trabajo que no huye de mí.

Insisto en lo urgente, tengo que quemar el carrito, de una vez, procurando que sobrevivan las ruedas nada más.

Decoro la cárcel con fósforos que enciendo, ni bien me doy cuenta de cómo escapar.

Recién ahí la gente grita de miedo:

– ¡Una bola de fuego viene hacia nosotros!

– ¿De qué?

– ¡De fuego y debe tener un motor porque viaja muy rápido!

– No tiene motor, tiene rueditas poderosísimas.

– ¿Cómo entró, quién la produjo?

– ¡No sé, pero corramos!

– ¡Es una bola enemiga!

– ¿De quién?

– No sabemos.

– Todos ¡cuerpo a tierra!

– Es muy peligroso. Mejor salgamos. ¿Dónde están las salidas de emergencia?

La gente se tira aunque diga lo contrario. Soy una persona que intentó llenar un carro para ser de mil maneras diferentes y se perdió en una cueva brillantina.

VI-

Al ver que los bomberos llegan para socorrer a los clientes, tirados cuerpo a tierra bajo las ruedas del futuro, busco al nuevo empleado experto en cortes con cuchillos y salimos corriendo agarrados de la mano.

Su mano está cálida y su mirada detenida en un punto que, apenas, lo ve a él. Hay una comunicación profunda entre nuestras manos que recién se tocan pero hay una desconexión oscura entre sus ojos y el punto que no se deja atrapar por su mirada. Una incomodidad me tensa el brazo al percibir que no soy lo más importante para el chico que admiro, por primera vez, después de muchos años.

Corremos trastabillándonos con pensamientos, él con los suyos y yo con los de él.

Por suerte, la euforia que me provoca el paso hace que mi cabeza se revuelva como un cóctel y cuando respiro murmuro hacia adentro: “no puede ser que un momento hermoso se tiña por algo tan minúsculo” y cuando exhalo, replico la frase oxigenada: “no me importa, ya se le va a pasar”.

Mientras corremos le pregunto: “¿pensás que vale la pena detenerse en un punto casi invisible? Y él me contesta: “vos no lo ves pero yo sé cómo se llama”.

No quiero hablar mientras corremos porque me canso, entonces, le propongo que sigamos en silencio o escuchemos música hasta encontrar un lugar, en el que ya no nos sigan las sirenas del negocio y podamos sentarnos a conversar.

El chico prefiere correr escuchando música entonces le cedo un auricular y a la música el poder de nuestra comunicación.

No sabemos dónde estamos. Son las cuatro de la tarde y salió la luna. Los árboles se dispersan por las veredas persiguiéndose unos a otros como si nos quedara, pese a todo, un aire criminal.

No hay cielo, en su lugar hay un toldo de lona que se abre y se cierra según quién domine una manivela oxidada que da vueltas sobre su propio eje.

Los autos no tienen freno, chocan con los peatones y así se producen procreaciones inusitadas de carne y espejos, de carne y escapes, de carne y motores, de carne y discos de las que somos testigos.

El cortador profesional me pide que descansemos, que no entienda lo que pasa pero lo que más lo angustia es no saber, exactamente, dónde puede haber quedado el punto que él miraba y no lo veía a él.

Nos sentamos sobre unos escombros tupidos cerca de unas vías de tren.

Recién en ese momento, al recuperar el aire, nos dan ganas de hablar y le pregunto:

– ¿Cuándo aprendiste a cortar carne de una manera tan maravillosa?

– Desde que me casé.

– ¿Y por qué, cómo se relaciona una boda con un cuchillo?

– A mi familia la tuve que defender así, con lo único que podía llegar a aprender rápido. Los afilé y corté pedazos de carne ajena para entrenarme en el oficio de carnicero.

– Pero creo que para vos, el manejo del cuchillo, fue más que un instrumento para defenderte, es una herramienta de expresión.

– Es que, cuando empecé a sacar la cuenta de lo que podía sostener gracias a él, lo empecé a querer y me dejé poseer por sus encantos.

– ¿Y qué cosas hiciste?

– De todo, pero lo más importante fue poder pagarles los gustos a mis hijos. La punta afilada colabora en el cálculo: por tantos trozos tantos paseos. Las ecuaciones me generan autoestima.

– Y ellos ¿qué piensan de no verte todo el día por tu dedicación al arte de los cuchillos?

– No se los pregunto. Sus caras, para mí, representan kilos de cosas que tengo que darles.

– Me da miedo escucharte, quizá es porque hoy oscureció más temprano que de costumbre o porque identifico el peso de tu punto.

– No sé si pasa por ahí el punto que no me quiere ver.

– Para mí, sí. Tu pensamiento no puede estar todos los días cifrado matemáticamente.

Ahora que lo pienso mejor, creo que para que tu expresión se convierta en arte le falta algo que te haga concentrar, distrayéndote.

– La distracción de mis hijos es mi energía. Prefiero que mis manos equilibren mi mente.

– Eso es lo que me atrajo de vos pero ahora no me gusta. Que no te distraigas ni un momento, que no me acompañes en lo que yo, también, tendría para decirte si me preguntarás algo...

– Es que cuando uno trabaja con filos por objetivos no podés distraerte porque corrés el riesgo de lastimarte los dedos.

– Pero ahora no hay peligros y, sin embargo, seguís pensando en cómo tus manos sin navajas van a seguir cortando lo que no tienen para pagar un ideal.

No hay trabajo entre nosotros ahora. No tenemos por qué trabajar. Pero no te veo entusiasmado con la conversación, tu mente está en el punto que no te mira.

Entonces, te propongo levantarnos y que cada cual se vaya a su casa. Me coloco los dos auriculares para que me guíen y espero que tus números hagan lo mismo con vos, a no ser que quieras correr hasta que tu control de carnicero se nuble y te suelte.

VII-

Mi jefe dice que no es tonto, que él se da cuenta de las artimañas que hago para no trabajar pero que, por desgracia, no le conviene echarme porque le sale más cara la indemnización que mi inoperancia.

Lo que no entiende es que no es que no quiera trabajar, el problema es que me cuesta lograr concentrarme en tareas rutinarias, durante tantas horas seguidas.

Me dice: “buenos días, hoy vas a tener que trabajar en el depósito, hay mucho lío ahí abajo, en cuanto termines, avisame porque quiero ver, qué tal quedó”.

Yo le digo que está bien, que se quede tranquilo con una voz finita, la que me sale cuando mis pensamientos todavía están en la música que escucharon a través de los auriculares.

Desde que entré no vi al chico cuchillo pero, no sé por qué, se me ocurre que no lo voy a volver a ver nunca más.

Mientras bajo los doscientos escalones que me llevan al depósito, me acuerdo del sueño que tuve ayer, que consistía en que el carnicero cortaba las hojas de unos libros de tapa dura y con las frases que quedaban sueltas armaba un libro de su autoría y me lo dedicaba. Me sobresalté cuando escuché que él decía algo así como: “fijate lo que pude hacer sabiendo dominar el mango, escribí mi autobiografía a partir de las páginas memorables que recorté, sin pensar, de unos libros que leí cuando era chico. Mis manos me guían en esta vida, eso es lo que me enseñaron mis hijos”.

Y no me pude volver a dormir, pensando en el procedimiento que el nuevo empleado instauraba. A mí también me gustaría escribir mi propio ejemplar, a partir de las mejores frases de los libros que leí. Pero hay un problema, conmigo los cuchillos no cortan. Eso me pasa desde que soy chica. Todo lo que haya que trozar: la comida, un papel o lo que sea, alguien tiene que hacerlo por mí, porque en mis manos, las armas, se desafilan. El rapto del sueño se interrumpe y llego al único lugar del edificio que recibe luz natural. Antes de empezar a ordenar, me siento en un banco para entender de qué manera disfrutar del calor y no enfurecerme con el ruido de las grúas que entran mercadería y sacan basura.

Pongo a reproducir el equipo y empiezo a trabajar cerca del sol.

Tengo que clasificar frutas, descartar las que están machucadas, tengan gusanos y mal olor. Esa es la tarea que debo realizar durante siete horas pero me empiezo a marear antes de empezar. La cantidad de cosas para ordenar contrasta con lo que necesito para ser feliz. El olor a podrido que me llega hasta el pelo, me hace pensar que me lo lavé con un producto vencido; los colores me sugieren en que no tengo casi nada de ropa y que la que tengo sólo pertenece a la gama cítrica; el minusválido peso de cada una se transforma en algo monstruoso de sólo saber que voy a tener que levantarlas a todas.

De golpe, me transformo en una manzana chiquita y no puedo ordenar nada más porque no tengo manos.

Pero como aún tengo cerebro, me pregunto: “¿cuántas manzanas tendrán que ordenar las personas que trabajan en este lugar para justificar el paso de las horas? ¿Cuántos pedazos descartarán por aburrimiento, abriéndolos por la mitad? ¿Cuántas frutas se les descontarán del aguinaldo para que no falten vitaminas familiares a los especialistas en jornales? ¿Cuántas pesarán para llegar a fin de mes?”

Sin darse cuenta, un compañero entra al depósito y me patea, otro me pisa y un último, me agarra queriéndome comer pero como ve que tengo ojitos me aprieta en su mano como si fuera una mascota divertida.

Un poco revuelta por los accidentes, les digo que me van a matar, que no pude hacer prácticamente nada, que me distraje, me mareé y me transformé en manzana.

Un compañero me pone de prendedor en su chaqueta y dice: “yo te voy a ayudar”.

Mientras me mira encariñado por el tamaño, sus manos enloquecidas ponen en cajones las frutas que están en el piso. Las tira, empuja, patea, a la velocidad de un acróbata vigilado por las luces de un teatro. “Vamos, ya falta poco”, se dice así mismo.

Y yo le digo que me siento muy mal, que lo van a retar a él por no haber terminado con su propio trabajo. Y mi compañero, recién en ese momento, se da cuenta de que tengo razón, entonces duda, le transpiran y le tiemblan las manos, me deja caer y dice:

– No me di cuenta, me dejé llevar por tu hermosura pero es verdad, nos van a matar.

Decime, entonces, cómo puedo ayudarte ahora.

– Es que siendo una manzana tardaríamos una eternidad en ordenar las frutas que faltan.

– Dejame hacer algo por vos. Me tenés que decir qué hiciste para transformarte en fruta, así lo transformamos al jefe, ni bien venga a ver el trabajo que no terminamos.

– Es que no me acuerdo cómo pasó. Pero si pudiéramos traerlo al depósito para que observara simplemente lo que hay, quizá, la misma cantidad de cosas produzca la transformación.

– Ya mismo voy a buscarlo.

El compañero sale del depósito para buscar al jefe y le dice: “tenemos un problema en el depósito y necesitamos que baje, inmediatamente, a verlo”.

El jefe lo acompaña desesperado y como, previamente, habíamos cortado los cables de electricidad, cree que ese es el problema.

Se queda atónito mirando la montaña, ahora oscura, de frutas que queda por ordenar y sus ojos se pierden en un paisaje que detesta hasta que, lentamente, se transforma en un racimo de uvas. En cada una, sus ojos laten de furia y curiosidad; en cada una, sus múltiples bocas pretenden hacernos oír palabras ácidas y borrosas; en cada una, su falta de manos y pies parecen retorcerse de dolor.

Mi compañero lo besa y le asegura: “no se preocupe, ya se le va a pasar”. Yo quiero comérmelo pero me arrepiento porque su incomodidad me puede caer mal. El jefe racimo pregunta: “¿qué ocurrió?” y nosotros le aseguramos que lo llamamos porque había un problema de luz y dice: “la oscuridad esclaviza las cantidades”. Y nosotros pensamos: “las montañas de cosas no significan lo mismo para todos”, mientras lo observamos diminuto maldecir lo que le pertenece.

VIII-

Antes de salir del trabajo, empiezo a mirar alrededor para ver si algún compañero quiere que vayamos hasta el lugar donde nos cambiamos.

A mi ropa la empiezo a extrañar cinco horas antes de cumplir el horario, por eso la última media hago un esfuerzo sobrehumano para poder seguir en pie, vestida con el uniforme.

La ropa afecta directamente mi estado anímico y busco una mirada cómplice, capaz de entender la desesperación contenida y se decida a caminar conmigo para dejar atrás la ropa igual de todos los días.

No importa qué tal fue mi día. Supongamos que, como hoy, el día fue raro porque fui una fruta que no comió nada de tanto trabajo, el tema es que en cuanto me pongo mis adornos, el humor me cambia de golpe, es más, empiezo a controlar el hambre y puedo ir hasta la parada de micro y pensar en qué cosas ricas voy a cocinar ni bien llegue a casa.

Con el mameluco puesto, soy una especie de hombre exterior con un corazón a pila. Espero esa mirada para vestirme acompañada pero no la encuentro. Los chicos se vuelven a sus casas así no más, despeinados y con el uniforme sucio y las chicas dicen que no vienen conmigo porque ellas no le dan la misma importancia a lo que envuelve. Dicen que el aspecto es lo de menos, que ellas sólo se fijan en progresar en sus tareas para que, el próximo año, les den dos francos por semana. Y que, además, a mí me preocupan las prendas porque no tengo hijos pero que, cuando los tenga no le voy a prestar atención a eso, por la cantidad de cosas que tendré que hacer. Yo las escucho y pongo una cara que dice: “tienen razón, cuando tenga hijos mi ropero va darle lugar a la creación de roperitos” pero soy consciente de que les miento, pongo esa cara para no discutir y me quedo callada en una nebulosa que clama por otros objetos brillantes que le hagan compañía a los míos.

Me pongo un jean de cuando tenía quince años, una camisa con volados en el cuello, unas medias tres cuarto, finitas, casi transparentes, un juego de pulseras que simulan ser de plata, un anillo con una piedra turquesa y un pañuelo de seda en el pelo. Salgo por la puerta principal del negocio y me tropiezo con un borracho que está acostado en posición fetal, dándole la espalda al tránsito, sus ojos semidormidos succionan el vacío que existe entre la vidriera y su cara.

Su abandono contrasta con mi elegancia apurada; su olor con mi desodorante; su aplomo con mis zapatos atolondrados para no perder el micro que pasa a las ocho y cuarto puntual.

Sin embargo, hay algo que no me deja salir corriendo como pensaba. Los ojos del hombre se quedan detenidos en lo que llevo en el pelo. Intento irme, forcejeo, pero su mirada es tan fuerte que me tengo que agachar para ver de qué manera logro desprenderla de mi ropa.

Me inclino y el borracho me dice que no lo mire, que prefiere que me quede parada porque así se puede comunicar mejor con él.

Le digo que tiene que soltarlo con sus ojos porque me tengo que ir, se me está haciendo tarde y, hoy, no veo la hora de llegar a mi casa porque tuve un día terrible, de transformaciones, mucho trabajo y ni siquiera tuve tiempo de almorzar.

El hombre empieza a cantar una canción muy linda que dice algo así como: “no se preocupe, la vida es corta, tome un pedazo de pan. Si quiere un manjar se lo debo, tome una copa de vino, así brindamos por su pañuelo”.

No puedo creer inspirar a alguien a través de un objeto. Entonces me siento al lado suyo, me lo saco y se lo doy para que pueda tener, más cerca de él, lo que ansía.

El borracho dice que cree en las casualidades de la vida porque, justamente, se emborracha para llamarlas y, en ese momento, me confiesa que el que tengo es igual a uno que usaba su mamá.

Yo lo miro como si estuviese diciendo una locura hasta que recuerdo que, el

que uso era de mi abuela y haciendo cálculos, su madre podría tener la misma edad que ella o, para decir lo mismo con otras palabras, él tendría la misma edad que mi mamá.

El hombre continúa:

– Mientras estaba en la casa se ataba el pelo con un broche de oro pero para salir le gustaba tener el pelo tirante y colorido.

A mí me gustaba observarla mientras se vestía porque se ponía contenta, parecía como si el sólo hecho de ponerse un accesorio y un poco de perfume la hicieran verse distinta, lúcida, encantadora.

Cuando el borracho dijo la palabra lúcida, sentí una identificación profunda. A mí me pasa eso con la ropa, estar en contacto con ella, me vuelve lúcida.

Por ejemplo, ahora llego y tengo que ponerme un conjunto distinto al que me puse para salir temprano porque si no, corro el riesgo de empezar a atolondrarme con todas las cosas que tengo por hacer. Si me veo fea la comida sale horrible, me caigo sobre el lavatorio mientras me cepillo los dientes, no logro terminar de barrer, pongo a lavar ropa impecable.

No puedo irme, este hombre me está haciendo descubrir los nombres de los cimientos de mi vida, me está ayudando a nombrarme.

De golpe, sale un supervisor y me grita: “¡no podés estar acá, echada con este hombre en la vereda porque le das una mala imagen al local!” y a él, le dice: “amigo, hágame el favor de retirarse. Tome, le damos otra botella de vino pero váyase”.

Yo me levanto y le digo al supervisor: “la vereda es de todos, además, nadie tiene por qué identificarme porque estoy con la cabeza gacha y no se me ve la cara y, en última instancia, si nos quieren convencer de que nos vayamos, por qué no nos trae dos platos de comida que tenemos un hambre bárbaro”.

El supervisor me contesta que no conviene jugar con fuego, que ya estoy en la mira de muchas personas.

El hombre le pregunta al supervisor: “¿usted vio el pañuelo que lleva esta señorita en el pelo, no es realmente precioso, no representa, acaso, una auténtica canción de cuna?”

El supervisor se da cuenta de que para nosotros dos, el día recién comienza.

Entonces trae dos platos de fideos para sobornarnos y para que nos vayamos de una vez.

Me levanto y, como el borracho no puede moverse, tengo que hacerlo rodar hasta la esquina que está el kiosco de un amigo. Pero, cuando empieza a rolar para disponernos a comer, me dice: “no voy a poder contemplarla más, se me están cerrando los ojos y, cuando eso ocurre, no puedo abrirlos, por nada del mundo, hasta el otro día”.

“¿Y qué va a hacer con la comida?”, le pregunto. Y el hombre responde: “comer con los ojos cerrados. Si no le molesta ¿me quiere hacer compañía hasta que termine?”

“Claro”, le contesto yo.

Y mientras comemos no decimos ni una palabra más.

Cuando terminamos de cenar me doy cuenta de que estoy desenganchada de su mirada, entonces me dispongo a caminar hasta la parada del micro y, justo, en ese momento el hombre que yo creía dormido se despierta diciéndome: “voy a hacer lo imposible para soñar con su pañuelo una y otra vez”.

IX-

Al otro día, mientras acomodo unas lujosas botellas de vino, se acerca un chico joven que trabaja en el negocio, desde hace más tiempo que yo, y nos ponemos a hablar.

Me pregunta:

– ¿Te puedo ayudar en algo?

– No gracias, está bien.

– Pero son muchas botellas ¿no creés que te podría dar una mano?

– Me imagino que voy a estar toda la tarde acomodándolas pero, la verdad, es que son tan lindas que dudo aburrirme. Mientras las limpio y ordeno en los estantes, las miro, detenidamente, porque me inspiran sensaciones maravillosas. Sus formas, las texturas de los vidrios, las etiquetas, los colores de los vinos, los licores y las sidras me transportan a lugares que no conozco, entonces siento que es un verdadero milagro que, hoy, me asignaran esta tarea.

– ¿Por qué decís que te inspiran?

– Las observo y siento que algo se renueva en mí. Un guardarropas imaginario, un amor a la distancia, la mejor amiga que me gustaría ser para alguien, el deseo de poner la mesa para la gente que quiero. Cuando veo algo muy lindo siento amor propio, gracias al cual siento amor por los demás. Si me gusta me gustan las personas. Si no me gusta proyecto la fealdad en el mundo. Es un círculo vicioso. Si estás lindo te gusta el mundo; si te gusta el mundo recibís bondad; si recibís bondad sentís gratitud; si sentís gratitud das lo mejor de vos en cada momento; si das lo mejor de vos en cada momento el mundo resplandece; si el mundo resplandece sentís calor; si sentís calor nada malo puede pasarte; si nada malo puede pasarte al mundo tampoco porque con tu calor creás el verano de la humanidad. Así podría continuar hasta el infinito pero no te quiero aburrir.

– Me gusta escucharte. Tus palabras hacen que este pasillo se sienta más confortable. Pero no logro ver en las botellas lo maravilloso que ves vos. Es más, te diría que las odio. Si yo fuera el dueño las rompería y, quién te dice, recién ahí, viendo su contenido desparramado en el suelo me dejaría llevar.

– ¡¿Por qué decís eso?! No entiendo cómo tu felicidad estaría en el derrame de líquidos tan coloridos ¿Por qué te sentirías feliz pisoteando un arcoíris?

– Perdoname que cambie de tema, pero ¿qué hacías ayer a la noche con el hombre que estaba borracho?

– Nada del otro mundo, conversaba ¿por?

– Él es mi hermano mayor, por eso viene acá, para ver si puedo regalarle algo pero el único regalo que quiere es una botella de licor.

– Ah...ya entiendo tu odio por las botellas. Pero tendrías que acotarlo a lo que le pasa a tu hermano nada más, el alcohol no es malo, no es feo; es rico y hermoso. Tendrías que ayudarte, de algún modo, para que el problema que tiene no nuble tu concepción sobre las cosas. Empezá por vos y después seguí por él.

– No entiendo bien lo que decís. Mi problema es él, no yo.

– Es que uno ayuda a los demás pensando y resolviendo los problemas que tiene uno. Sobre la sombra que proyecta el paraguas del otro no es deseable interferir.

– Y ¿qué podría hacer?

– Yo que vos, le regalaría todas las botellas que él quisiera.

– ¿Qué decís, estás loca?

– No. Tu hermano está mal porque extraña a tu mamá.
– ¿Y qué me querés decir con eso, cómo sabés?
– ¿No te dije que ayer me quedé charlando con él? Y la conversación comenzó cuando el pañuelo que llevaba en el pelo se enredó en sus ojos. Él se quedó mirándolo y se produjo una comunicación extraordinaria entre el pasado y el presente.
– Pero no puedo hacer nada con su extrañamiento.
– Yo creo que sí.
– ¿Cómo qué?
– Le regalaría, como te dije, todas las que el deseara y, mientras las toma, le sacaría un tema, luego otro, más tarde otro hasta llegar a aquello que lo pone mal. El alcohol es el machete que algunas mentes necesitan para despejar el camino de los pensamientos. Una vez que salga el tema, lo dejaría hablar. Y, en ese momento, con un brazo lo agarraría del hombro y con el otro lo ayudaría a romper las botellas vacías para que el ruido acompañe el entierro de los dolores cuando se comparten.
– ¡Qué difícil lo que decís!
– Pero no imposible.
– Regalar los obsequios que los demás esperan significa ganarnos su corazón.
– Pero es injusto, ¿no te parece?
– Al contrario. Injusto es regalar presentes que a los otros les son indiferentes. La telepatía es la antesala de las compras. No basta con dejarse llevar por las ofertas que ofrecen las vidrieras. Primero hay que establecer una conexión con la persona, luego con el mercado para salir al encuentro de los objetos que transforman a los seres humanos en puertas gigantes por las que podemos entrar y festejar.
– Está bien. Lo voy a intentar.
– Primero tendrías que ablandar tu odio hacia las botellas, pensá que los envases atractivos conducen a buenos caminos.
– ¿Y si no para de tomar nunca más?
– Eso es lo de menos. Lo más importante es que hayas querido ayudarlo a través de su entusiasmo. Nadie debería perderse en el dolor.
– ¿Entonces?
– Hay que saber entrar en los cuerpos de los seres que más amamos.
– ¿Y después?
– Yo lo dejaría salir. Pero, nunca abandonarlo a la deriva de los días y a la espera de tus regalos.
Después contame.
Como amuleto te presto el pañuelo que llevaba ayer en el pelo. Si lo necesitan, pueden pedirle a él que exprese lo que a ustedes les cuesta.

X-

Las palabras llaman a las sensaciones. Para mí la vida siempre funcionó de esta manera y no al revés. Por ejemplo, ayer a la noche dije: “quiero enamorarme” y acá estoy recién levantada rememorando un sueño de compañía. Soné con Brian, un novio que tuve cuando era chica, en el que caminábamos muy cerca uno del otro. Había cariño entre nuestros cuerpos sin tocarse. Nuestras auras sonaban como campanas de cristal sobre un cielo claro.

Mientras tomo el café pienso cuánto más fácil es la compañía que el amor. Porque para el amor hay que estar dispuesto a que se mezclen las cosas, en cambio, para la compañía basta con que cada uno sepa su camino y quiera compartir un trayecto con el otro. Y repito: “Brian, extraño tus pasos cerca de los míos, mirar tus zapatillas pulcras ensuciarse en los charcos de la felicidad que producen las palabras que se dicen mientras uno se oxigena”. Tin tan repiquetean tus pies en el fondo de la taza ¡qué lindo sueño tuve! porque gracias a él, sé lo que quiero en este momento, las caminatas que me hacen falta.

Tomo el último sorbo e intento clausurar el recuerdo porque tengo que prepararme para salir pero, la inteligencia del sueño, me retarda.

Mientras me pongo las medias dejo que me atraviesen sensaciones cálidas del pasado. Intento apurarme pero no puedo sobreponerme a un reloj que recuperaré sin haberlo buscado. Me pongo un vestido de cuando salía con él que jamás tocó y, sin embargo, conserva en sus fibras el temblor de sus miradas risueñas.

Acompaño el atuendo con un collar de perlas que le sienta de maravillas pero que, justo cuando lo voy a abrochar, se rompe y las perlas salen disparadas y quedan desparramadas en la habitación.

No puedo irme sin antes recogerlas. Entonces, acepto que voy a llegar tarde y, cuando termino de juntarlas, camino hasta la parada de colectivo mientras respiro profundo y repito imágenes que me protejan de lo malo que pueda pasar.

Estoy a una cuadra y digo: “hoy tiene que ser un día especial”, si empezó distinto, tiene que continuar así.

Cuando llego al trabajo la puerta está cerrada. Forcejeo un poco el candado y entro.

No hay ninguna persona, excepto, unas sombras que se mueven en el fondo.

Una caja registradora repite: “cerrado al público por desinfección. Por favor, el personal debe dirigirse al sótano para realizar el recuento de mercadería destinada a los canastos de segunda selección”.

Entiendo que el lugar esté cerrado al público pero que no haya movimiento en la planta principal es, realmente, extraño.

Voy caminando hacia las sombras. Son dos tortas de chocolate rellenas con dulce que se escaparon del exhibidor porque querían hablar con alguien antes de ser comidas y desaparecer de la faz de la tierra.

Y dicen:

– Vení con nosotras a hacernos compañía, no nos tengas miedo, somos inocentes.

– Hola, cómo están, ¿no vieron a nadie más temprano?

– No, porque recién nos despertamos.

– ¡Qué lástima, pensé que me podían contar lo que había pasado!

– Lamentamos decirte que no, pero podemos charlar de otras cosas.

– Me encantaría pero se me hizo tarde y debo bajar.

– Podrías disfrazarte de torta y quedarte con nosotras.

– Tienen razón.

Las sombras de las dos tortas me cosen un vestido con una manga llena de merengue: un vestido blanco, de novia, crocante, con puntillas. En el pelo me colocan una corona de cerezas; en el cuello un collar de pintas de chocolate y merenguitos con forma de zapatos.

No quiero que nadie se las coma nunca más. Estas sombras son la compañía que necesito para contrarrestar el sueño con Brian, el amor en la claridad del fondo, mis nuevas amigas.

XI-

Los días pasan y el local sigue cerrado al público por desinfección.

Los empleados continúan trabajando en el sótano y desaparecieron los cuerpos de los jefes. A veces, sospecho que la transformación en racimo de uvas de uno de ellos no tuvo vuelta atrás y que ésta desencadenó la transformación del resto pero nadie sabe, exactamente, qué pasó, el tema es que, aunque no los veamos, sus voces persisten y se escuchan, a cada rato, en el silencio del negocio.

Desde que empezamos a trabajar, prácticamente, a oscuras empecé a llegar a horario. Podría haber optado por no venir nunca más pero necesito el dinero. No entendemos y es un alivio que los jefes quieran seguir pagándonos el sueldo a fin de mes pese a que no puedan vernos. Podríamos pasar totalmente desapercibidos frente a su inmaterialidad pero sucede al revés, ellos también se sienten más responsables frente a nosotros porque no nos ven. Es una cuestión de fe, ellos tienen que creernos y nos pagan un diez por ciento más de lo que cobrábamos antes y, por primera vez, el depósito se efectúa en tiempo y forma. La circunstancia de no vernos pareciera que nos está humanizando.

Es raro pero, desde que trabajo sola, siento una responsabilidad inusual, casi siempre llego a horario y no sé bien para qué. Si hubiese llegado temprano antes lo entendería porque tendría que haber encendido las luces, desactivado la alarma, subido la cortina metálica, baldeado los pasillos, puesto las bolsas en su lugar, chequeado que cada caja tuviera su correspondiente rollo de papel pero, en esta situación no hay ninguna tarea parecida por realizar.

Tengo puesto un vestido blanco, zapatos lustrados y unas horquillas color lila. Soy una princesa que entra en un castillo nocturno en el que pasan cosas reales sólo en las sombras.

A media mañana se acerca una señora que se queja de encontrar el local así y me pregunta:

– ¿Cómo se explica que haya dejado de funcionar un negocio, sin antes avisarle al público, que les dio de comer, ininterrumpidamente, durante tantos años?

– Señora, sé que es difícil de entender pero el negocio está activo. La gente está trabajando en el sótano.

– No puede ser, jamás vemos entrar ni salir a nadie, no se escucha ningún ruido, la persiana siempre está baja.

– Lo que dice es verdad pero adentro pasan otras cosas.

– ¿Qué hacen encerrados con tantas familias afuera esperando ser atendidas?

– En este momento mis compañeros están acomodando mercadería.

– Y sus jefes ¿qué hacen, les dijeron que ordenaran y nunca más vinieron?

– Los dueños dejaron sus voces entre nosotros pero sus cuerpos desaparecieron.

– Usted es una sinvergüenza, personas como usted deberían ir presas, ¿no se da cuenta el daño que nos provoca tener que caminar tantas cuadras para abastecernos?

– Lo lamento, comprendo su disgusto pero lo que le digo es verdad.

– ¿Cómo supone que voy a creer que sus jefes dejaron su vida en manos de empleados que acomodan mercadería en cambio de venderla?

Seguro, ustedes usurparon sus puestos, despidieron a las personas que les convenía y, por su rebeldía, nuestro hambre se volvió peregrino.

De golpe, escuchamos la voz del jefe estallar de ira:

– No te veo pero te estoy escuchando desde hace un buen rato, ¿qué se supone que deberías estar haciendo a esta hora?

– Ya voy, es que una vecina me está preguntando por qué cerramos el local sin antes haberles avisado a los vecinos.

– No me importa lo que diga la gente. A esta hora ya tendrías que haber entrado y empezado tus tareas.

La señora se queda muda al principio pero, luego, como está muy enojada, le responde:

– Escuche, ¿qué clase de trabajador es que no viene a trabajar?

– No se meta en mi camino. Nada de lo que diga tiene importancia para mí. Ahora, retírese y déjeme seguir dándole órdenes a mi empleada.

– Usted es un cobarde ¿por qué no sale a dar la cara y me lo dice personalmente?

– Lo haría con mucho gusto pero no puedo. No tengo cuerpo, sólo soy una voz.

La señora que se queda muda, por segunda vez, me mira fijo y continúa:

– Quiero entrar, ahora mismo, con vos para saber dónde está ese desgraciado.

– Señora el jefe no está escondido. Simplemente dejó su voz.

– Es mi derecho y no lo van a atropellar así no más. Voy a entrar para encontrarlo.

El jefe responde:

– Señora, nosotros abrimos el negocio de un día para el otro y nunca lo cerramos.

Hay gente que tiene que trabajar y usted lo está impidiendo con sus reclamos de chiquilina caprichosa.

– Eso no se lo voy a permitir. Voy a ingresar, cueste lo que cueste y me va a tener que escuchar.

La señora me agarra del brazo y me hace entrar al local por la fuerza.

Empiezo entonces a desarrollar las antitareas que mi jefe reclama.

Lustro mis zapatos con un producto en aerosol y el de mis compañeros que están guardados bajo llave. Después, subo hasta el tercer piso, entro al baño y me maquillo durante una hora reloj. Más tarde, pongo café a calentar y lo tomo despacio mientras escucho el silencio que sale de la radio a todo volumen. Por último, enderezo las botellas y llevo a cabo la anticontabilidad.

La señora cree que me burlo de ella, que la hago esperar a propósito y me adelanto:

– Esto es así. Mi tarea, desde que se decretó la oscuridad, consiste en la ejecución de antitareas.

– Yo entré para hablar con su jefe. Exijo saber dónde está.

– Su voz anda por allí. Pregúntele a él.

Y dirigiéndose al jefe:

– Salga de una vez o voy a suponer que me tiene miedo.

– Para nada.

– Entonces enfrénteme.

– Estoy por aquí, por aquí...

Y la señora triunfal concluye: “ahí está, por las máquinas registradoras de productos. Escuché su voz salir de allí”.

XII-

Los vecinos no entienden cómo, en un lugar que está cerrado al público, se sigue cocinando con tanta fluidez y se quejan de los olores que emanan los extractores porque les traen recuerdos de los manjares que, algún día, comieron.

El barrio no comprende que seguimos trabajando puertas adentro y que, por eso mismo, necesitamos alimentarnos.

Pero hay algunas diferencias. Cuando el local estaba abierto al público sólo comíamos un sándwich a eso de las dos de la tarde, en cambio, desde la nueva disposición, almorzamos a las doce en punto, recetas, nunca antes cocinadas, para los clientes más exigentes.

Otra diferencia es que para almorzar nos llama la voz del jefe distorsionada por los ruidos que hacen las máquinas registradoras cuando pasábamos productos, por los parlantes de la radio, por las voces de algunos compañeros, como si se hubieran reencarnados en sus cuerpos. Otras, sus voces se funden con los peinados de las empleadas y salen alaridos enredados de un perfume que jamás les van a pertenecer. Almorzamos parados en el pasillo principal porque no hay mesas ni sillas.

Lo extraño, también es que la comida aparece en nuestras manos sin que ninguno perciba quiénes son los que la sirven.

El jefe exclama:

– ¡Disfruten y trabajen! ¡Coman y trabajen! ¡Prueben y trabajen! ¡Repitan y trabajen! ¡Devoren y trabajen! ¡Registren los ingredientes y trabajen! ¡Sigam disfrutando y trabajando!

Nosotros comemos. A veces nos gusta lo que probamos y otras, no. Creo que el hecho de comer parados no facilita el verdadero disfrute. Estar, obligatoriamente, erguidos traba la degustación. Y, aquello que atora, nos recuerda al pasado. Si eso pasa filtramos pensamientos, eructamos delicias y las padecemos.

Cuando está por llegar el postre nos empezamos a impacientar. Nos agota, de antemano, comer los últimos bocados sin que podamos hallar un lugar para descansar.

Una vez, probamos almorzar en el piso pero, ese día, el jefe hizo sonar la alarma que da la bienvenida a los inspectores y el alimento se volvió enemigo en nuestros estómagos. Desde ese entonces, nunca más volvimos a probar porque ese día fue uno de los más horribles de nuestras vidas. Los inspectores vinieron y revisaron cada uno de los productos que se habían utilizado para cocinar, como así también, nuestras pertenencias dentro de los bolsos y los ingredientes en nuestros cuerpos.

Más que un lugar de trabajo parecía el vestuario de un club. Nos hicieron mostrarles los espacios entre los dedos de los pies, las ingles, las orejas, la nuca, la boca.

Yo me resistí, pero, aun así, tuve que dejarme. Mi jefe decía: “el que no se deja no vuelve al hogar”.

Me acuerdo que forcejeaba para zafarme de ellos, los mordí, incluso, les pegué pero, de sólo pensar que no iba a sentirme libre esperando viajar en colectivo y volver a casa a repasar la ropa que tengo en el ropero, me di por vencida, externamente, y me dejé observar. Digo, externamente, porque, internamente, estaba cerrada al vacío. Me concentraba en otra cosa, totalmente, distinta a lo que estaba viviendo. Me acuerdo que pensaba en las copas de frutilla que mi abuela me daba cuando era chica; en los peinados que me hacía mi madre con un gel que tenía brillantina; en mi primer novio

que tenía olor a shampoo de manzana verde en el pelo y a mí me encantaba porque, además, le quedaba sedoso; en un tapado que tuve en un sueño que jamás encontré en ninguna vidriera y nunca pude mandar a confeccionar porque la tela no existe, ni los hilos, ni los botones ni la modista que pudiera realizarlo. Pensé en todas esas cosas hasta que la maldad culminó.

Desde ese día, todos preferimos comer parados sin probar sentarnos en ningún lugar. “No queremos comer el postre, no nos caen bien las cosas dulces. Lo salado nos despertará...”, decimos en voz baja.

Pero, cuando terminamos de repetir la frase, tenemos en nuestras manos la mejor pastelería, nos miramos para arrojarla al tacho de la basura y escuchamos al jefe gritar: – ¡Coman y disfruten! ¡Prueben y disfruten! ¡Tienen que comer para seguir!

Entonces, la probamos mientras empezamos a movernos y le exigimos a la mente que los vaya drenando por las manos y los pies.

Nuestros cuerpos trabajadores nos hacen caso y, cada partícula de azúcar, ni bien llega a nosotros, se retira fugaz y les decimos: “salgan y ayúdennos que tenemos que encontrar el equilibrio para no atorarnos”.

Caminamos hacia nuestros puestos después del almuerzo pero un tenedor gigante, vestido con un guardapolvo blanco, sale a nuestro encuentro y pregunta:

– ¿Dónde van?

– Tenemos que seguir con lo que empezamos, gracias por todo.

– Pero si no terminaron el postre, ¿cómo se van así nomás?

– Estuvo todo muy rico. Lo terminaremos mientras retomamos las antitareas que faltan realizar.

– Me parece que no me están entendiendo. Cociné con mucho amor y quiero verlos comer hasta el último bocado. Disfruto mirando sus caras mientras prueban la comida.

– Ahora, tenemos que seguir, se nos está haciendo muy tarde y, si nos retrasamos, vamos a perder los colectivos que nos llevan a casa.

– ¡A comer les dije y no se los quiero volver a repetir! Trabajé toda la mañana y esta no es forma de devolver el esmero.

El tenedor nos pinchó y nos puso en los bolsillos del guardapolvo.

De ese remoto y lejano lugar nos iba a costar mucho salir. Por eso, desafiamos el suicidio cantando una canción que simplemente decía: “muerte no”.

Y el canto hizo que nuestras piernas se flexionaran con un movimiento salvaje y gritamos: “¡a galopar aunque queramos devolver!”

XIII-

Llego a casa y no tengo ganas de cenar. Pienso que lo mejor es ponerme el pijama y mirar televisión. Quedarme tranquila, lo más quieta posible para no interrumpir el drenaje de los alimentos que me sobran. Un único pensamiento me da esperanza, saber que mañana será otro día y que, gracias a que exista el tiempo futuro, voy a hacer un ayuno de una semana, por lo menos.

Estoy por ponérmelo y me arrepiento. Creo que la caricia que necesito consiste en dormir con un camisón de mi abuela, el más sofisticado que tuvo, uno de seda blanca que no se pega al cuerpo. Esta prenda me va a acompañar en la búsqueda para sentirme liviana, como hace frío me visto rápido y paso de canal en canal.

Después de unos segundos la tengo que apagar. Los sonidos y las imágenes que veo producen el efecto contrario, no me calman, me siento perseguida. Las voces chillonas y la ropa de colores refuerzan los retorcijones que padecí, a costa de haber escapado del suicidio. La televisión se adhiere a mi cuerpo como si fuese el postre que el tenedor nos obliga a comer aunque no esté.

La apago y me quedo en silencio.

Intento vaciarme y llenarme de pensamientos que me hagan mejorar pero tengo un puñal en el estómago, una espada dulce clavada en la garganta, escarba dientes finos con pensamientos inútiles pegados en mi sien. Soy una mesa recién servida para una fiesta. Estoy por ser atacada por miles de manos hambrientas y no puedo levantarme. Aunque, “por suerte”, digo, la gente vendrá a sacarme los pinches de queso, jamón y cerezas pero, cuando termino de decir esto, me doy cuenta de que estoy delirando y que no es verdad.

Vuelvo a encender el aparato para sentirme acompañada y es peor. A las doce de la noche ella se desnuda y los movimientos de los que formo parte contrastan con mi deseo de amar.

Soy la suma del frío de mi cuerpo, el frío de la habitación, el frío de mi dolor, el frío de la pantalla.

Entonces, la apago por segunda vez y decido cambiarme de ropa.

Debería tomar un té con limón pero no tengo fuerzas. Hoy es el típico día en el que podría morir e imagina lo que se preguntarían otros al enterarse:

“¿por qué no llamó a nadie, acaso se habrá quedado sin teléfono, sin cobertura médica?” Y pienso que la muerte es algo sencillo. Uno se siente mal por un simple dolor de estómago o algo semejante y no tiene fuerza para pedir auxilio. Las oportunidades de sobrevivir, a veces, son escasas. Por ejemplo, cuántas personas podrían llamarnos o golpear la puerta, justo, en el momento en que estamos por desvanecer. Son pocas, el milagro casi nunca ocurre.

Estoy con los ojos cerrados, llamando a los pensamientos curativos pero ellos se escapan de mí porque son niños emprendidos en una aventura. Y, como no puedo gritarles, veo cómo se van, cómo se divierten haciéndome doler.

Pero, de repente suena el teléfono y hay algo en mí, una fuerza mayor que me hace incorporar de la cama, dar un saltito mínimo hasta llegar a atenderlo y cuando levanto el tubo, la persona que me llamaba corta.

Vuelvo a la cama y especulo con quién pudo haber llamado a esta hora de la noche e imagino: “¿el hermano del borracho, el chico de los cuchillos, mi primer novio?”

Pienso en hombres porque no tengo familiares mujeres y mis amigas saben que, a esta hora, estoy dormida. La madrugada está hecha para que llamen los hombres, para que las decisiones, que se retrasaron durante el día, se vuelvan bellas y valientes. La noche, me convengo, no es un buen momento para morir. El llamado truncado cambia rápidamente mi estado de ánimo y me quita el dolor. El no llamado me llena de ilusiones.

Con ese último sonido en mente no puedo volverme a acostar. No hay caso, la intriga no es buena amiga del reposo; la alegría contrasta con las camas; los teléfonos con la hora de dormir; las sorpresas con el pasado.

Me dan ganas de comer y me hago una sopa y un sándwich de queso. Me pongo unas medias y me siento en el sillón del living. Mientras mastico le pregunto al espejo que tengo enfrente:

- ¿Qué mirás?
- A vos que te sentís mejor.
- Qué bueno que alguien quiera hacerme compañía. Para el dolor, la soledad no es nada buena.
- A mí me gusta mirarte. Recién ahora lo logro, antes no podía porque estabas acostada.
- Claro, es imposible que te reclinaras.
- A veces, siento que soy tu mamá.
- Qué casualidad, yo creo lo mismo, por eso me gusta tanto mirarme en vos, es una manera de reencontrarte.
- Nosotras nos comunicamos a través de este espejo. Si querés dormite yo me quedo al lado tuyo cuidándote.
- Gracias, me siento mejor.

Me recuesto sobre el sillón y sueño que un tenedor me llama por teléfono para preguntarme, esta vez, si quiero algo más. Me dice que mi primer amor está saliendo con mi hermana y que debo ir rápido a detener lo que ocurrió. Me pincha con su cuerpo tridente y explica:

- Despertate, tenés que pararte y defenderte. No podés quedarte tranquila.
- Me insiste tanto que, a cambio, me soborna con la idea de esperarme, eternamente, con una comida distinta. Y que, además, no tengo que preocuparme por la manutención, que para eso está él. Que también es ella. Porque en un momento dado, se filtra un detalle en su cuerpo que no estaba. Tiene puesto el guardapolvo pero en el pelo lleva mi pañuelo de seda con arabescos de colores.
- ¿Sos vos mamá?, le pregunto mientras lloro.
- Pero el tenedor camina con seguridad hasta el perchero donde está colgado el tapado que soñé un día y nunca encontré en ninguna vidriera. Vuelve hacia mí para ayudarme a ponérmelo y me dice:
- No seas tonta. Cuando yo te digo que vayas y pelees, andá y hacelo, te lo digo por tu bien.
 - Pero vos no sos mi mamá. Vos nunca me hubieras obligado a comer un postre que me hiciera mal.
 - Yo nunca te obligué a nada, excepto a que te levantes, en este mismo momento y vayas a donde está tu amor, que se está corrompiendo con otra muchacha.
 - Pero mi amor sos vos, es tu cara. Por qué te disfrazaste de tenedor y me trataste así en el trabajo.

Tendrías que haberme dicho que ibas a pasar a buscarme y yo te esperaba en la puerta con unas galletitas.

Al otro día, suena el despertador y me despierto aliviada. Confío en adivinar quién me salvó con su llamado y concentrarme en el obsequio que le regalaré.

XIV-

Intento pararme pero me caigo y me vuelvo a dormir. Doy por sentado que el despertador va a seguir sonando, cada diez minutos, hasta que lo apague definitivamente.

Lo que no contemplé es que los relojes se pueden descomponer como las personas y justo, cuando más lo necesitaba, parece que tuvo un empacho de trabajo y se quedó dormido al lado mío.

Tengo puesto un vestido floreado de seda natural que tiene una falda que llega hasta las rodillas y volados finitos en los breteles y en el escote. El pelo suelto, brillante, sin ofensas; pulseras de metal tornasolado que por momentos, parecen tallos jóvenes sosteniendo flores amarillas y, por otros, troncos resacos de árboles pesados; un anillo con una piedra de cristal marrón por la que puedo percibir llamamientos a la cordura de la moda; unas chatitas amarillas de charol y un bolso de cuero que acompaña mis pasos con todas las cosas que necesito.

Me subo a un auto que tiene tres puertas, bajo las dos ventanillas y arranco.

Nunca había manejado con tanta armonía. Parece que anduviera a control remoto.

Puedo saltar baches, frenar con gracia en cada esquina, parar por arte de magia frente a los semáforos, como si éstos me dijese con bastante anticipación: “pará, seguí, frená”.

Voy sin prisa a un lugar seguro.

Paso por el trabajo, fisco, saludo y sigo porque tengo que ir a la peluquería, a la manicura, a la modista, a la zapatería, a la panadería, a la relojería, a la tapicería, a la joyería, a la vidente, al banco, a la regalería, al almacén, a la agencia de turismo.

Me quedo en cada lugar con la intención de supervisar que las tareas sigan su curso, los instantes necesarios, los mismos que les dedicaría a mis hijos a la noche para saber si respiran, si están abrigados y, luego, dormir tranquila.

Me siento una mujer elegante, con una personalidad estelar, a la que es muy difícil que le pase algo traumático y, si le pasara, como tiene carácter se sobrepondría.

Soy un dios elegante.

Al cabo de cientos de kilómetros quiero bajarme del auto porque me empiezo a aburrir. Tengo hambre, me dan ganas de hacer pis, de hablar con alguien por teléfono, estirar un poco las piernas.

Y no puedo.

El auto, ahora, viaja a toda velocidad hacia una ciudad diferente a la que vivo. Y me pregunto: “¿cómo será; cuántos kilómetros faltarán; existirán los mismos negocios en los que trabajo desde hace tanto tiempo? ¿Los chicos serán frágiles, dominados, perezosos. Querrá alguno enamorarse, casarse y regalarme un ropero infinito con prendas de colores para usar durante la noche? ¿Habrá mendigos en las calles, chicos que vayan al colegio, mujeres expectantes y jefes sin cuerpos?”

Voy en quinta e intento imaginarme a qué ciudad me gustaría arribar. Y pienso que quisiera conocer una, que todavía estuviese a mitad de camino, entre la técnica y la animalidad.

Le pido al auto que me cumpla un deseo:

– Por favor, vayamos a un sitio con la forma de un dinosaurio. Que tenga sombrillas de colores en la costa, mar y poco ruido durante la mañana. Que su cuerpo esté constituido por puertas para abrir los negocios, las guarderías, los sanatorios, los restaurantes, las discotecas. Que la comunicación no se dé entre dos hombres mediatizados por una máquina sino que se produzca entre un hombre y un animal. Que la moda sea el patrimonio más importante. Y que, en cada esquina, se regale algo: un sobrecito de shampoo, de crema enjuague, un rompecabezas para armar antes de ir a dormir, un libro para llevar en la cartera, una botella de vino, un helado, un

almanaque, una cajita de fósforos, artesanías que los pobladores no quieran ver más en sus casas.

El auto no habla y sigue su curso.

El viento cambió a favor, entonces el pelo se me viene a la cara y no puedo ver nada de lo que ocurre delante. No tengo hebillas y no puedo frenar. Manejo sin ver, estoy siendo manejada, ciegamente, por otra persona que no sé quién es, que conoce cómo encender los motores pero no habla ni frena.

Confío en que mi pelo sepa conducirme hacia el deseo.

Un casete empieza a sonar y mis manos hacen como si giraran y movieran el volante al compás de lo que, lentamente, se transforma en una pesadilla.

Pierdo el control y dejo que la situación realice lo que parece, pretende, provocar.

La elegancia me muestra sus límites. Desafía mi cordura, mi imaginación y mi forma de ser.

Quiero bajarme de este auto pero no puedo. Quiero caminar hasta la parada de colectivos para regresar al trabajo y no puedo. Quiero pensar, por unos instantes, en qué tareas debería hacer hoy y no puedo. Quiero comer porque tengo un hambre bárbaro y no puedo. Quiero atarme el pelo y no puedo. Quiero ponerme un pijama porque tengo sueño y no puedo. Quiero cantar la canción que estoy escuchando y no puedo porque el viento me ceda la boca. Quiero pasear por la ciudad del deseo dentro de la ciudad en la que nací y no puedo. Quiero volver a mi casa para habitar la orfandad de todos los que abren la puerta de algún lugar y no encuentran a nadie y no puedo. Quiero estar sola en mi cama, un lugar quieto y no hay nadie. Quiero que suene algún teléfono que me socorra y no suena. Nada suena, ni siquiera el despertador que esta mañana se descompuso, como yo, la noche anterior.

XV-

Me quedo dormida y me levanto recién a la hora que salgo del trabajo, por lo tanto, no voy. Creo que no faltaba a un lugar desde que era adolescente, es decir, desde hace más o menos diez años. Me siento extraña por el incumplimiento, ni bien ni mal, rara. Cuando era joven para entender el límite del deber tenía que desafiarlo hasta convertirlo en un serrucho del placer. Llenaba la agenda de actividades para luego faltar a cada una de ellas, sin previo aviso. Supongamos que el tiempo de los deberes empezaba a las dos de la tarde, luego del almuerzo y se continuaba hasta las veinte horas, desde ese momento empezaba a fantasear con la idea de desprogramar lo que había programado. Me ponía una campera larga, un gorro, un pañuelo en el cuello, me colgaba la primera cartera que veía en el perchero e iba a los lugares que no estaban escritos en ningún lado. Vestirme era camuflarme para que no me reconociera ninguna persona con la que había quedado en encontrarme.

Y, sin embargo, un día la paranoia me anestesió a tal punto que, aun habiéndome encontrado con ellas, seguí caminando como si no las hubiese visto.

Al otro día, recuerdo, me llamaron por teléfono para reprochar mi actitud y no pude decir nada más que: “estaba sedada, te pido disculpas”. Las personas interpretaban que venía de un consultorio médico pero no, la anestesia era producida por mi mente para poder entender el límite del deber.

Si desafiarlo era costoso porque dejaba sin plan a las personas o porque al verlas no las reconocía o porque cuando llegaba a casa me perseguían los fantasmas de las voces

que habían intentado comunicarse por teléfono; el placer no era menos costoso. Bastaba con pensar en que tenía que inventar la libertad, una contraprogramación durante seis horas por día, aproximadamente.

Así me di cuenta que sostener el deber costaba menos que el placer. Para sostenerlo hacía falta una agenda nada más, mientras que el placer pedía un compromiso de cuerpo entero.

Es una mañana en la que rememoro el peso de las horas en las que me perdí en la ciudad para inventar cosas distintas a las que tenía programadas. Los planes del cuerpo precisan de una voluntad indecible, una vestimenta polar capaz de sobreponerse a los caprichos que la moral guarda en el sombrero.

Estoy aletargada.

La manta del pasado intenta abrigarme, sale de la cama y amenaza con dejarme paralizada durante el resto del día.

Tengo que hacer algo, huir del calor artificial. Entonces, decido llamar por teléfono al trabajo para decir que ya voy, que estoy saliendo, que se me hizo un poco tarde porque me sentí muy mal la noche anterior.

Y mi jefe responde:

– Deberías estar acá.

– Sí, lo sé, como el despertador no sonó me quedé dormida.

– No quiero explicaciones. Tendrías que haber estado acá limpiando el local como tus compañeros y, a esta hora, deberías estar cerrándolo.

– Ya voy, me cambio y salgo.

– Vení como estés ¡pero ahora mismo!

Los gritos de mi jefe, lejos de despabilarme, me atontan. Por un momento, pienso en no ir, en no volver nunca más, en empezar una nueva vida. La vida me parece clara, brillante y fácil. Pero, pasados unos segundos, todo se enturbia. Entonces salgo a la calle como estoy vestida, con un deshabillé color celeste, unas pantuflas azules y un pijama blanco de algodón. Ni siquiera me cepillo los dientes, tampoco me peino, simplemente salgo a cumplir una orden para comprobar si, así, me siento liberada.

La gente me mira mal. Yo observo por la ventanilla como si ninguna mirada me tocara. Pongo mi frente contra el vidrio e intento pensar en qué les voy a decir a todos cuando llegue. Luego, me doy cuenta de que vale más la pena hacer que pensar. Entonces, ni bien llegue voy a ponerme a limpiar como los demás y luego cerrar el local dejando en el candado olor a desinfectante de lavanda.

Y pienso: “no puedo dejar este trabajo. Tengo que comer. Tengo que vestirme. Tengo que comprarme las cosas que me gustan. Tengo que pagar las cuentas. Tengo que mandar la ropa al lavadero” pero, cuando el micro dobla, pienso todo lo contrario: “no tengo que comer. No tengo que comprarme ropa. No tengo que comprarme las cosas que me gustan. No tengo que pagar las cuentas. No tengo que llevar ropa al lavadero”. Camino como una autómatas hasta el trabajo. Soy una nube que se distrae.

Nada me puede pasar. Todo me está pasando. Cómo llegué hasta aquí. Cómo pudo ocurrir que viniera a limpiar un local que a esta hora debería estar cerrado y vestida de esta forma. Estoy resacosa de necesidades concretas y ásperas como la piel de un elefante.

Llego al trabajo y agarro un balde, un trapo y una escoba.

Escucho la voz del jefe decir: “así no se hace, así no se limpia, por lo menos, no con ese atuendo, es una ofensa para el resto del personal”.

Limpio con más ímpetu hasta mojarme el deshabillé y las medias.
Estoy pasada por agua y espuma. Limpio afuera lo que no se dejó lustrar por dentro.
Tengo que tener una misión. Mi propio reglamento.
Sacudo las manos al aire libre para que se sequen de una vez. Las palmas vacías de gotas me devuelven un pensamiento para que lo aloje entre ellas. Es muy chiquito, lo tengo que escuchar. Entonces, acerco los oídos a ese minúsculo organismo de residuos que el viento trajo mientras observo el agua del balde moverse, llevando y trayendo algo parecido al corazón.

XVI-

Estoy empapada sentada en la vereda. Lo único seco es el organismo que tengo entre las manos. Todavía no puedo entender cómo, algo que está seco, puede latir.

Al verme así, una compañera viene corriendo y me pregunta:

- ¿Qué te pasó? Vine porque escuché que estabas fregando el piso con mucho poder y el jefe se la agarró con vos por la ropa que tenías puesta.
- Es que no tuve tiempo de vestirme, te juro. Ayer me descompuse y hoy me quedé dormida. Llamé por teléfono para decirle que llegaba un rato más tarde y para qué, su voz puso el grito en el cielo. Y sus gritos me taran, no tanto por el volumen sino por las palabras que los conforman. Por eso salí de casa, así nomás, como estaba, llegué a acá, me puse a limpiar y me mojé toda mientras él seguía gritando.
- Toma mi saco. Mirá si encima te resfrías por este desgraciado. Bastante tuviste, por lo que me dijiste recién, con la descompostura de anoche.
- ¿Cómo me queda el deshabillé con el saco arriba?
- Te queda precioso. Lo que te afeaba era la situación que te hizo vivir ese cretino.
- No sé, yo no le tengo odio, le tengo respeto. Eso me pasa. Me encantaría enojarme de una vez y dejar este trabajo atrás, como tantos otros, pero este hombre me imparte respeto, no odio.
- Pero no podés respetar a una persona que te hace mal.
- Ya lo sé, pero siento eso. Lo que vos decís es lógico y lo entiendo, sin embargo, lo que me pasa, internamente, es otra cosa.
- ¿No será que lo respetás porque no lo podés ver?
- Pero cuando lo veía me pasaba algo parecido.
- Quizá esa situación se acrecentó desde que desapareció su cuerpo y lo único que escuchamos es su voz.
- Puede ser.
- ¿Su voz te suena a la de alguien?
- Creo que sí, aunque no podría precisar a la de quién.
- Tenemos que distorsionarla. Quizá de esa manera nunca más vengas al trabajo cuando te sientas mal.
- ¿Cómo me veo?
- Precaria.
- ¿Poco elegante?
- Sí, para lo que sos vos.
- Qué triste lo que decís. Me da pena haber entrado en una locura tan grande sólo porque escuché una voz. ¿Mirá si me hubiera dicho eso mismo pero en la cara?
- Ese es mi miedo. Andá a saber, cómo podrías haber venido, pensalo un poco.

- Hubiera sido capaz de venir al trabajo desnuda sin darme cuenta, con el propósito de llegar a tiempo y limpiar el local con todos ustedes.
- Eso es lo que presiento. Tu actitud fue peligrosa.
- Tenés razón.
- ¿Qué te parece si ahora volvés a tu casa y te quedás descansando?, te va a hacer bien.
- No quiero quedarme sola sabiendo que vine al trabajo de esta manera, eso me haría sentir peor.
- ¿Querés que te acompañe?
- Nos van a despedir a las dos juntas.
- No puedo dejar que te vayas mojada y descompuesta a tu casa, se te ve muy mal.
- A mí me haría bien estar acompañada. Podríamos dormir un rato, bañarnos y ponernos lindas para salir a dar una vuelta, si es que nos mejoramos.
- Me encantaría.
- ¿Cómo llegamos hasta acá? ¿Cómo vine vestida de esta manera?
- Yo lo sé. Mi camino lo tengo tan claro que creo que al trayecto lo trazó el sol.
- ¿Qué pasó?
- Tuve que aceptar este trabajo para sobrevivir. Intenté con otros pero todos tenían la misma lógica. ¿Te acordás cuando te dije que antes de entrar a este lugar había estado en ese otro que eran pocas horas pero el trabajo era horrible; o de aquél que era genial porque tenía que hacer cosas que me hacían sentir importante pero me pagaban mal; o de ese otro que no era ni fu ni fa pero que, como tenía que estar tantas horas por día, no podía hacer otra cosa; o de ese anterior, al que te conté recién, que tenía que entrar tan temprano que nunca desayuné; o de ese otro cuya tarea consistía en apretar unos botones durante seis horas y cuando salía, en lo único que pensaba era en la pena de muerte; o del primero que tuve que, al principio, parecía reconfortante porque eran nada más que cuatro horas pero lo único que tenía que hacer era impostar la voz de un contestador automático ¿Te acordás que te conté que nadie me reconocía desde que había adquirido otro timbre?
- Sí, perfectamente. Yo te conocí cuando hablabas como una locutora.
- ¿Cuánto tiempo me llevó recuperar mi tono?
- Un montón, es cierto.
- Podría haberme curado antes pero no tenía dinero para una fonoaudióloga.
- Me acuerdo el momento en el que fuiste recobrando, lentamente, la entonación de tus palabras.
- Por eso, terminemos rápido con este asunto y vayamos a tu casa.
- ¿Pero no te da miedo, por todo lo que dijiste recién, quedarte sin trabajo por mi culpa?
- Hagamos así: le voy a dejar un recado al jefe con mi voz de antes. Me voy a hacer pasar por tu médica, ¿querés?
- ¡Dale! ¿Pero si te busca en tu oficina?
- Se va a encontrar con otra voz, una situación igual a la de él. Confiá en mí. Sabrán ellas qué tienen que hacer.

XVII-

En mi casa está todo revuelto. La ropa fuera del ropero; los platos sucios; las tazas de té debajo de la cama junto con revistas, pañuelos descartables, pares de medias y lápices de colores. La casa expresa lo mal que me sentí la noche anterior y como, gracias a mi amiga, puedo seguir sintiéndome débil, llego a ella y no la recompongo. Dejo que las dos estemos revueltas hasta que se nos pase y tengamos ganas de sentirnos lúcidas para nosotras mismas. Mi compañera de trabajo no se asusta, entra como si lo hiciese en la propia y me pregunta:

– ¿Querés que prepare algo para comer?

– Si no te molesta, prefiero dormir. Si tenés hambre hay pan y queso en la heladera y creo que quedó un poco de jugo en el congelador. Servite lo que quieras sin permiso. Mi amiga se prepara algo para comer mientras mira por la ventana diminuta de mi cuarto que separa mi vida de la del vecino. Nuestras existencias están divididas sólo por ventanas que, raras veces, se encuentran. Cuando salgo a trabajar, mi vecino está durmiendo. Cuando llego, mi vecino está cenando con unos amigos. Cuando voy a hacer mandados, mi vecino está haciendo el amor. Cuando regreso del paseo de compras, mi vecino se está duchando. Cuando miro por la ventana para ver si el cielo está despejado, mi vecino mira la televisión.

La observo a mi amiga mientras me voy quedando dormida. La somnolencia hace que la perciba un poco borrosa y movediza. La voz de sus pensamientos hacia mí se aletarga. Los intuyo pero no los puedo responder. Observo el bochinche de cosas alrededor mío y cierro los ojos.

Transcurren un par de horas, mi compañera me despierta, trae un mate cocido y unas galletitas y me dice:

– ¡Qué lindo departamento tenés! ¿Lo alquilás o es tuyo?

– Lo alquilo desde hace cinco años. Antes vivía en Paternal. Por momentos, extraño el barrio pero prioricé el descanso a la gente. Tenía mucho viaje desde ahí hasta el trabajo.

– Me imagino.

– Y vos ¿dónde vivís?

– Yo les alquilo una habitación a unos tíos que viven en Parque Patricios.

– ¡Me imagino que llegarás siempre a horario al trabajo!

– No te creas, a veces se me hace tarde porque, adiviná qué hago antes de entrar.

Me quedo mirando las vidrieras de ropa, accesorios y objetos que hay sobre la avenida principal. Yo tendría que haber seguido alguna carrera relacionada con el puro mirar, puedo estar todo el día sin cansarme y saco conclusiones sobre qué se usa, por qué, con qué otras prendas podrían usarse los accesorios exhibidos, qué modificaciones habría que hacerles a los muebles para que entraran en otros departamentos para los cuales no fueron pensados. ¿Tenés idea qué carrera podría haber seguido?

– No sé si existe alguna en la que tengas que observar nada más, creo que, en todas, además, tenés que leer.

– Sí, eso lo sé, pero me refiero a una que tenga como actividad práctica principal, la observación. Así como en otras por ejemplo tenés que dibujar láminas y planos, hacer entrevistas o realizar maquetas.

– No tengo idea, ¿por qué no averiguás?

– Es que no tengo tiempo ¿en qué momento podría estudiar?

- Tendrías que levantarte más temprano, aprovechar la hora que nos dan para almorzar y quedarte un rato a la noche.
- Podría ser. ¿Vos estudiaste algo o te gustaría?
- Yo terminé el colegio secundario y, desde ese entonces, siempre imagino estudiar Diseño de Pasarelas.
- ¿De qué se trata?
- Como me encanta la ropa, disfruto ver desfiles de moda por televisión. Y me parece que la revolución de la ropa no llegó, todavía, a la pasarela, lo digo en relación a la estructura física, a su aspecto, a los materiales con los que están hechas. Son todas iguales: rectangulares, uniformes, sin movimiento. Los caminos por los que pasan los modelos obstaculizan la expresión de las prendas que se muestran. Lo mismo identifico que ocurre con los modelos, por eso, la otra carrera que me encantaría estudiar sería Diseño de Movimientos para la Pasarela porque, como son siempre los mismos, no sólo aburren sino que terminan perjudicando la ropa que se intenta imponer.
- Qué interesante lo que decís, a mí también me encanta la ropa ¿será por eso que nos caímos simpáticas?
- Por ahí sí, casi seguro. Recuerdo que cuando te vi por primera vez, tenías un brillo especial en los ojos, percibí la frescura característica de las personas que se ponen alegres con sólo mirar y a mí me pasa lo mismo. Si tuviera mucho dinero no lo gastaría en ropa. Me gusta más observar, como decís vos, que comprar. Si miro entiendo las infinitas combinaciones que se producen entre las cosas. Yo heredé el ropero de mi madre y con él más algún accesorio que me compro, a veces, tengo para entretenerme.
- ¿Y no te hace sentir mal trabajar en un lugar que no tiene nada que ver con lo que más te gusta? Porque a mí, sí.
- No, no me pone mal. Sé de muchas personas que estudian y luego trabajan de aquello que estudiaron y dejan de mirar lo que les había atraído por falta de tiempo o porque lo consideran vulgar. En cambio, yo me siento eternamente atraída por las cosas que me gustan desde que soy chica.
- Pero ¿qué mirás en el trabajo, cómo podés entretenerte si estamos todos vestidos de la misma manera y, apenas, tenemos tiempo para percibir a los demás?
- Al contrario, nuestros uniformes me inspiraron para diseñar un postuniforme. Si querés, andá hasta esa cómoda y abrí el primer cajón.
- ¿Cuál? ¿Éste?
- Sí, abrilo, vas a encontrar varios cuadernos que tienen dibujos con los uniformes que rediseñé y algunos movimientos para las postpasarelas que imagino dentro del trabajo.
- A ver...¡Qué lindos! Daría cualquier cosa por ponerme uno como éste.
- Pero mirá este otro, ¿no es graciosísimo?
- Yo preferiría algo más funcional.
- Ahí tenés otro, cómodo y elegante. Con éste caminarías así, mirame, y moverías las manos de esta manera.
- ¡Qué hermosos papeles!
- Y eso que tengo muchos más.
- ¿Más dibujos?
- Sí, y escritos.

- Y ¿no te da lástima que queden guardados aquí en tu casa y que nadie los conozca?
- ¿Quién te dijo que nadie los conoce?
- No sé, pensé eso.
- Los conocen muchas más personas de las que te imaginás, ya te vas a enterar...

XVIII-

Mi compañera de trabajo está anonadada porque nunca había visto tanta cantidad de dibujos y de escritos. Como sigue intrigada, me pregunta:

- Dale, decime ¿cómo es eso que no me puedo imaginar todas las personas que conocen estos bocetos?
- No tengo que ocultarte nada, sólo faltaba que me lo preguntaras y te lo iba a responder.
- Entonces contame, me muero de intriga y, además, no sé por qué, intuyo que lo que vos hiciste, a mí también, me puede servir.
- El tema es así, yo creo que, más que seguir una carrera universitaria para hacer lo que realmente te gusta, necesitás estar atento a las personas que uno admira y acercarte a ellas. Fijate que hay muchas que se graduaron pero no consiguen trabajo y quizá sea porque no admiran a otros, porque los admiran tanto que les da miedo acercarse o prefieren no dejarse arrastrar por una pasión porque fueron disciplinados para pensar.

– ¿Y cómo sabés tantas cosas sobre un lugar al que no fuiste nunca?

– Porque tengo conocidos que fueron y me basta verlos a ellos para especular sobre qué es lo que puede estar pasando para que no consigan trabajos, tengan trabajos tan tristes como los nuestros o terminen aceptando que lo más importante en la vida es la seguridad que les proveen los objetos.

En cambio, yo creo que me convertí en una militante de la inseguridad de los sentimientos y esa es la única manera de que la vida tenga sentido. Entonces, como no tengo nada que perder, porque parto de la idea de la inseguridad en tanto fundamento de lo humano feliz, me tiro a la piletta a cada momento y pruebo suerte mostrándoles mis cosas a las personas que, como ya te dije, admiro de verdad. Esta actitud la tomo como si fuera un ejercicio físico que debo realizar todos los días para mantener en forma mi capacidad de expresión.

– Y ¿cómo te acercás a las personas que te encantan?

– Me compro revistas.

– ¿Te alcanza el sueldo para eso?

– Claro, porque elijo eso y me privo de comprar chocolates, cremas y cosas así. Compro diez revistas por mes que me salen ciento cincuenta pesos. Es el gusto que me doy para aprender cada día más y más.

– ¿Y qué hacés una vez que las tenés?

– Me quedo hasta la madrugada estudiando, mirando cada imagen.

– ¿Y anotás nombres, direcciones y sus números telefónicos?

– No, sabés perfectamente que esa información no sale publicada, pero construyo mapas de la ciudad para identificar los barrios en los que viven los distintos diseñadores. Una cartografía por especulación imaginaria: por ejemplo, si tal diseñador trabaja con una paleta marina y sus líneas son rectas, pienso que esta persona se crió cerca del río y casi seguro vive por la Costanera.

Y así, descubro detalles íntimos de colecciones inolvidables. Pero, más allá de esta información personal que hallo, gracias a una labor de detective de la moda, tengo que mirar bastante cada prenda para poder rediseñarla, y al mismo tiempo interpretar la pasarela que piden y los movimientos que necesitan para su captación total.

– ¡Qué trabajo!

– Sí, es una empresa gigantesca. Pero si no hiciese esto durante la noche me moriría. Sentiría que estoy desperdiciando mi vida. Por eso dibujo y son las inseguridades las que me dan confianza para acercarme a estas personalidades.

– ¿Y conociste alguna? ¿Le dejaste tus trabajos a alguien importante?

– Sí, claro, a varias personas pero no te puedo contar a quiénes, exactamente, porque me adelantaría al desenlace de mis esperanzas.

– ¡Ay, no seas así! Contame de alguien, aunque sea de una sola nada más.

– No, como te dije recién, comparto este método con vos pero no puedo dar nombres de futuras personas que podrían llamarme.

– ¿Y vos crees que yo podría hacer algo parecido?

– Si te lo propusieras por supuesto que sí. El método es simple y accesible.

– Pero creo que no tengo disciplina. No tengo continuidad. Salto de una idea a otra y creo que, así, me conformo con quien no llego a ser.

– Y bueno, intentá crear un método de conocimiento acorde a tu anatomía anímica.

– Pero sabés qué pasa, además, leo y escribo bastante mal.

– Ese no es un problema, yo te puedo ayudar a ejercitarte.

– Veo tantos cuadernos escritos que me asombraría entender una parte de lo que dicen.

– A mí me encanta escribir porque es la manera que tengo de entender el mundo. Reescribiéndolo identifico las pistas de sus misterios.

– ¿No me complicará más aprender el oficio de identificación del misterio?

– Para nada, aparte, cada uno con ella hace lo que quiere. Yo, gracias a la escritura, demoro sus significados.

– ¿Y cómo es eso?

– La escritura es el camino para buscar lo que querés. En mi caso, son los bocetos y que esas personalidades los miren.

– Si es así, me gustaría ejercitarme. Sólo para buscar a otros que confíen en mí.

XIX-

Conversamos con mi amiga hasta la noche. Como se hizo tarde, le propuse quedarse a dormir. Ella aceptó entusiasmada porque me dijo que hacía mucho tiempo que no vivía un día extraordinario. Dormimos en la misma cama, en sentido inverso, mi cara con sus pies y mis pies con su cara. No teníamos otra alternativa porque no tengo otra cama en el departamento.

Hoy nos despertamos entusiasmadas, creo que por las conversaciones que tuvimos durante la tarde de ayer. Con aire fresco nos bañamos, desayunamos y salimos muy temprano caminando hacia el trabajo. Coincidimos las dos en obsequiarle al precioso estado anímico pasos de madrugada que lo reafirmen al mundo, sin romperlo.

Llegamos y una nueva supervisora que, entiendo, entró a trabajar mientras me ausenté porque estaba descompuesta, me pide que vaya directo al sector de congelados para limpiarlo.

Para la ocasión me aconseja:

- Tenés que abrigarte bien, mirá que después de estar ocho horas ahí adentro te podés enfermar, agarrar una pulmonía.
 - ¿Podría darme ropa acorde para desempeñar la tarea?
 - Lamentablemente no. Vengo pidiéndola, desde hace más de un año, pero el jefe me contesta que no la consigue.
 - No sabía que trabajaba desde hacía tanto tiempo, nunca la había visto.
 - Es que mi trabajo no tiene visibilidad. Me la paso todo el día abriendo y cerrando puertas de refrigeración que, como sabrás, están en la parte de atrás del local.
 - A veces, ando por ahí, es raro que nunca la haya visto.
 - Es que permanezco tapada por las puertas de las heladeras, pensá que ahí dentro se mantiene la mercadería que viene del frigorífico.
 - De todas maneras, no puedo entrar con sandalias y este mameluco. Me moriré de frío. ¿Qué solución propone?
 - Dejame pensar... no sé. ¿Qué te parece si entrás, trabajás una o dos horas, salís, te calentás el cuerpo entre las góndolas y volvés a repetir la operación? Ah...otra opción es que salgas afuera y te quedes un rato bajo el sol pero, para eso, deberías pedirle permiso al jefe.
 - Me da miedo lo que dice, temo no poder quedarme ni siquiera diez minutos.
 - Aunque sea intentalo. Si tenés mucho frío, golpeás o tocás el timbre que se usa para emergencias y te vengo a buscar.
 - Bueno si no queda otra... Pero entremos juntas así me indica dónde está el botón y qué trabajo tengo que hacer específicamente.
 - Está bien, vamos.
 - ¡Qué puerta tan pesada hay que abrir!
 - Sí, es especial para que no se escape ni una gota de frío. ¿Ves? Acá está el famoso botón; aquí el teléfono para que te llamen y te digan si hay que reponer algo; de este otro lado, la mesa para depositar los productos que hay que ordenar. Estas cosas van allá y estas otras por acá. No es muy difícil. Si podés, también, te agradecería, limpiaras un poco cada estante, cada escondite, cada caja. Porque, a veces, por no desinfectar correctamente, terminamos perdiendo dinero. La otra mañana, sin ir más lejos, entré a supervisar que los refrigeradores estuvieran encendidos y me encontré con cucarachas adaptadas a las bajas temperaturas que querían, a toda costa, deglutir los alimentos que tenemos que almacenar. La imagen fue asquerosa porque, aún escarchadas, sus estómagos se movían como si nada.
 - Ya entendí. Limpio, ordeno y cualquier cosa le aviso.
- La supervisora se va y me quedo trabajando. Pero a los cinco minutos me empiezo a sentir mal. Las sandalias no protegen en lo más mínimo mis pies en contacto con la nieve. La ropa no se pega al cuerpo para abrigarme, al contrario, se vuela con el viento que generan los ventiladores internos de las máquinas. Siento la cara tiesa y las manos rojas de furia por la falta de compromiso de los dueños del local en el vestuario de los trabajadores. Ésta se troquela en tristeza porque quiero irme y

temo que me echen por no saber adaptarme. Las lágrimas se congelan enseguida y caen directamente sobre la ropa y los pies. No toco el timbre pero llamo por teléfono al chico de los cuchillos para que venga a buscarme. Le digo que no doy más, que estoy congelada que, si no viene rápido, me voy a morir.

El cuchillero llega de inmediato, abre la puerta pesada del palacio que mantiene sensaciones decapitadas y me lleva con él para hacerle compañía mientras me repongo.

En una de esas, la supervisora me ve descansando sobre el hombro del afilador y me reprocha:

– ¿No quedamos en que tocarías el timbre para salir un rato a calentarte afuera?

– Sí, pero como pasó menos tiempo del que había pautado, lo llamé a mi compañero porque me sentía mal.

– Las cosas no son así. Si tenés un problema lo tenés que conversar conmigo, no con él. Aquí las órdenes las doy yo y la decisión final de que sigas o no en este empleo pasa, en este momento, por mi persona.

– Le pido perdón pero ¡no sabe! se me caían lágrimas enemigas que más que calentarme el cuerpo me lo enfriaban. Ese lugar enloquece a cualquiera. Si no compran ropa adecuada la mercadería se va a echar a perder.

– Te pido por favor que no me des directivas sobre cómo hay que hacer las cosas.

Ahora, andá afuera, calentate un poco y volvé a entrar. Vamos a ver si entre las dos aunque sea avanzamos con una parte del trabajo que, insisto, hay que terminar.

Salgo y me quedo charlando con unos chicos que juntan cartón. Están construyendo una montaña que luego cargarán en un carro que luego arrastrará un caballo y que luego cambiarán por dinero.

Les pido que me cedan un poco porque sé que es un material que ayuda a recuperar la temperatura corporal.

Los chicos me dicen:

– Pero tiene una debilidad, mantiene la temperatura natural del cuerpo si no se moja, sino no sirve. Nosotros tenemos una casa de cartón, una cama de cartón, una mesa de cartón, cuatro sillas de cartón, un inodoro de cartón, una bañera de cartón, platos de cartón, leche de cartón, revistas de cartón, una tele de cartón, medias de cartón, pantalones de cartón, música de cartón y anteojos de cartón por eso sabemos lo que te decimos. El cartón te traiciona si se moja.

Les pregunto:

– ¿Podrían regalarme uno? Es para diseñar una protección momentánea y seguir trabajando en el sector de refrigerados.

– Sí, tomá, agarrá lo que necesites.

– Pero no voy a poder cortarlo sola. Necesitaría acostarme sobre un pedazo y que alguno de ustedes con una tijera o un cuchillo delinee mi silueta de frente y de atrás para construir una prenda. ¿Podrían ayudarme?

– Nosotros tenemos este cuchillo ¿servirá?

– Eso espero.

Me acuesto sobre el cartón para que los chicos recorten la silueta que me salvará.

Al lado de ellos, termino de unir los moldes con una abrochadora, cinta adhesiva y plasticola.

En agradecimiento les hago una apuesta:

- Si no me mojo, gracias a la ropa de cartón, les regalo ropa de tela diseñada por mí. Si me mojo les propongo hacer, con estos cartones más otros papeles que tengo en mi casa, una fogata especial para que el calor de este día dure todo el invierno.
- No podemos arriesgarnos a que te mojes porque perderíamos dinero y no podríamos comer.
- Yo los invito a comer. Tenemos que pensar apuestas para ganar de todas formas, ¿no les parece?

XX-

Las situaciones límites como la que viví dentro del refrigerador me están sirviendo para contrapesar, en el plano afectivo, las antitareas o tareas imposibles de las que estoy a cargo. Gracias a la gente que conozco me siento creativa, llena de esperanzas.

Cada día que pasa conozco mejor a distintos compañeros que tengo desde hace bastante tiempo y, sin embargo, nunca antes había intercambiado palabra.

Por ejemplo, hoy se me dio por conversar con un chico al que todos apodan "Mandados" y que, por ese motivo, nadie quiere saber su verdadero nombre. El chico ni bien empezó a trabajar se esmeraba, una y otra vez, en repetir su nombre, diciendo: "yo me llamo..." y todos respondían: "para nosotros sos Mandados y no molestes más". Se ve que, después de los primeros meses, se cansó y se dejó nombrar de esta manera tan conveniente para los demás:

- Ché Mandados, traéme esas bolsas que ves ahí arriba, así voy poniendo todo esto.
- Mandados, decile al encargado que traiga billetes chicos que los clientes se están quejando de la falta de cambio.
- Mandados, andá ahora mismo, a devolver esta lapicera que vino fallada del kiosco.
- Mandados, sacá los pedidos afuera así ya quedan preparados para cuando pase el camión.
- Mandados, no te distraigas con esas chicas que tenés que ir al banco y pedir monedas de cinco centavos.
- Mandados, ya que no hacés nada, cebá unos mates y pedí a proveeduría, con esa cara de bueno que tenés, unas masitas.
- Mandados, falta papel para imprimir comprobantes, andá a buscar más rollos al depósito que nos queremos ir a casa.

Mandados va y viene sin parar ni un minuto.

Hoy le dije:

- Para mí sos "Mandado" sin la s al final porque podés con todos y eso te debe dar mucha seguridad interior. No sé por qué pero pienso que sobrevivís a los pedidos porque tenés un objetivo más importante que realizar.

Y Mandado me responde:

- Mi único objetivo es ganar dinero porque hay muchas cosas por pagar en mi casa: la comida, la ropa, las salidas, un canal de televisión.
- Ves, te dije, a vos no te importa tanto que no te llamen por tu verdadero nombre porque tenés muy claro quién sos. Y eso es admirable en alguien que tan sólo tiene quince años.
- Gracias. Yo estoy acá para ganar y como para eso tengo que estar obligatoriamente con tantas personas, prefiero llevarme bien. Ser un oso de peluche sin nombre que queda bien en los dormitorios de cualquier compañero.

Quiero ser atractivo para los demás y para gustar hay que hacerse un poco el tonto. Después, te das cuenta que no te estás engañando tanto, que la verdadera felicidad es un poco así, hacerse el distraído frente a los pedidos para apreciar lo que realmente queremos.

En mi caso tener un canal de televisión. Desde los cinco años estoy trabajando para eso. Primero hice changas: corté pasto, saqué yuyos de los canteros vecinos; luego, limpié veredas; más tarde, como me llevo bien con lo que tiene filo, corté el pelo y las uñas de los niños y ancianos del barrio.

Y así, fui ahorrando hasta que me compré algunas cosas mínimas para empezar.

Por una cuestión de costos empecé por la utilería, no por la estructura técnica y así es que voy armando y plegando cada decorado de las series que imagino.

– ¡Te lo dije sos Mandado! Te admiro desde el primer día que te vi. Todavía recuerdo cuando entraste que no me dio lástima que fueras menor de edad.

Porque tus ojos transmitían saber y el saber se expresa sin penas.

Es increíble que siendo tan pequeño hayas aprendido tanto de la vida en la televisión y de la televisión en la vida.

Algún día, me encantaría ver tus decorados y colaborar en algo, como por ejemplo en el diseño del vestuario y los movimientos de los actores. ¡Ojalá digas que sí!

Además, no cambies nunca la cara de bueno que ponés. Es una reliquia encontrar personas con tu rostro, tus gestos te hacen ser una persona destacada.

– Gracias por tus halagos, ahora tengo que irme porque, seguro, estuvieron llamándome mil veces en este rato y no los escuché porque me aparté hacia este lugar que le da la bienvenida a mi nombre.

– ¿Cuál es tu verdadero nombre?

– No te lo tomes a mal pero en este trabajo prefiero que cada uno imagine el que quiera.

– ¿Puedo adivinarlo?

– No, prefiero que me llames Mandado sin la s final.

– Me parece bien, nuestra amistad no va a tener ninguna s, te lo prometo. No existirán charlas, ni salidas, ni músicas, ni ropas, ni amores, ni otros amigos, ni familias, ni caminatas, ni pasados, ni futuros, ni presentes. Va a ser única e irreplicable. Como si fuésemos una obra de arte que participa de una miniserie, cuyo único capítulo lo creamos especialmente para el mundo que reflejamos.

XXI-

Salgo del trabajo con la esperanza de que me suceda algo fuera de lo común, inolvidable. Tengo ganas de ser parte de una sorpresa. La llamo con mi mente que la acaricia al pasar para no hostigarla. Tengo ganas de, qué se yo...Cruzarme con la mirada de una persona alegre, un vestido nuevo, un charco que contenga pisadas de personas que no anclan su existencia al mundo y, sin embargo, tienen certezas.

El tiempo del que dispongo es corto. Una hora a lo sumo de caminata, entre el trabajo y mi casa, pero una hora al aire libre para mí son un montón de años acumulados en un cajón que se despliegan, sin dejar rayones, en la hoja de papel que el presente les regala.

Camino y los voy soltando porque sé que me van a seguir como mascotas encariñadas.

La hora libre hace que los años que pasaron sean una compañía sin riendas y, por eso, entro en las chispas de luz que el día apaga y dejo que me lleven sus rueditas.

Estoy pensando en todo lo que una hora de tiempo tenga para darme.

Cierro los ojos y grito: "¡ahora!". El vestido que tengo puesto se enreda en un árbol y se estira, doy varias vueltas alrededor del tronco y siento caer naranjas amargas de ciudad. Corto el vestido con una tijera, dejo los retazos coronados con naranjas y me escondo detrás del árbol para ver si alguien se detiene a mirarlo.

Un chico que pasa se queda mirando el conjunto, parece apreciar el diseño de la tela, el corte perfecto de lo que fue una encrucijada y el anillo de un ángel que no está pero la creencia lo hace existir. El chico no entiende qué pasó y escucho que dice algo así como: "es un milagro". Porque halló el altar de una virgen actual que se escapó en busca de algo precioso. Entonces entro en su pensamiento y le digo:

– Aunque no lo puedas creer, estoy acá, al lado tuyo.

El chico me mira y nos gustamos.

Entonces agrego:

– Estoy viviendo mi hora-sorpresa, si querés podés acompañarme. Ponete estos patines y sigamos moviéndonos para ver qué otras cosas nos pueden pasar juntos.

Al chico no le quedan cómodos los patines de luz, por eso, hacemos otros con cáscaras de hijos frutos. Él necesita ruedas de verdad, sus pies se resisten a la materia inerte.

Luego pactamos andar a toda velocidad por las avenidas principales. Nuestras manos se unen en una casa rodante de fantasía, que nos protege del movimiento de la calle. Llegamos a una plaza y nos encontramos con unos niños que tienen la cara pegoteada y, en las manos, bolsas de nylon transparentes.

Nos piden que les demos lo que tenemos: los patines, la ropa, las mochilas, nuestros cuerpos.

Les damos todo pero quieren nuestras vidas.

Recién ahí, con el chico nos ponemos a hablar y les decimos:

– Tienen razón, quiénes no quisieran tener nuestras vidas. Tomen, aquí tienen: los patines, la ropa, las mochilas, nuestros cuerpos.

Uno de ellos me dice:

– Tu cuerpo no me importa, necesito tu vida.

Para poder responderte necesito entrar en tu mundo y le pregunto:

– ¿Serías capaz de abrirle paso a una virgen actual en tu bolsa de plástico?

El niño abre su instante y entro.

El chico que me acompañaba quiere sacarme de ahí pero yo le digo, en silencio, que no sea tonto, que entre conmigo para entender de qué están hechos esos pedidos. Él me dice que les toca a ellos darnos algo, a cambio de las cosas que les dimos pero, como sabe que no voy a ceder, entramos a la caminata lunar que, desgraciadamente, se rompe por el peso de los dos.

No pudimos ver nada, sólo sentimos asfixia, no sé si por amor o por el aire que respirábamos.

Los niños no juegan con lo que les dimos pero se quieren divertir, entonces, sacan unos cuchillos y nos enfrentan.

Y les digo:

– Te doy mi vida si me dejás enseñarte cómo matarme. ¿A qué no sabés nada sobre el arte de los cuchillos?

A los niños se les encienden los ojos con la palabra muerte y esperan que les dé un espectáculo para calmar su sin razón.

Uno, dos, tres, uno, dos, tres, uno, dos tres. Tenemos que entrenar.

En ese instante, el chico que me gusta decide irse sin patines, diciéndome que él quería seguir disfrutando del milagro del amor, no de la muerte y que prefiere cortar un comienzo para no detestarse después. Le digo que está bien, que se vaya, que de esa manera no va a poder nunca entender lo verdadero.

Sin objetos y descalza los hago formar fila a los niños travestidos con nuestras pertenencias. Después, les doy indicaciones sobre cómo romperlas en pedazos.

Los chicos son tan obedientes cuando uno da órdenes que sacio su sed de deseos cercanos: "ahora hagan flexiones. Ahora abdominales. Ahora corran lo más rápido que puedan y no se detengan nunca más".

Somos soldados aleatorios en una plaza de la ciudad que nos refugia y lastima.

Soy el capataz que los niños encuentran al boleo. Ellos quieren matarme y yo les quiero enseñar a sobrevivir.

Para amar es necesario odiar. Para odiar hay que entrenarse. Por ahora, nos agitamos sin parar en la hora libre que me sorprendió de esta manera.

XXII-

Intento volver a entrar a la bolsa de nylon pero, una vez que estoy por pisarla, un túnel me lleva a una bolsa madre en la que se escuchan ruidos ásperos.

La diferencia entre una respiración afuera y adentro es que ésta última produce palpitaciones inconscientes.

Piso la bolsa que enloquece a mi corazón sabiendo que puedo respirar. Camino por ella que, rápidamente, se convierte en otras aunque todas se comunican por senderos transparentes.

Por momentos, quiero salir y por otros, quiero quedarme para entender cuál es el funcionamiento que une el mundo real con la falta de oxígeno.

Mientras conozco las intersecciones entre los plásticos, mis ojos repiten números que la mente aventura sobre cuántas bolsas una persona es capaz de anudar en una vida.

Después, me choco con ellos porque tienen la cara de gente que conozco y no me puedo levantar así nomás para saludarlos. Me da rabia que tengan un cuerpo tan fino. Entonces, los zamarreo y les pregunto cosas valientes con un tono frágil de voz. A una vecina que tiene cuerpo de número uno, le pregunto:

– ¿No te parece terrible la transformación de tu cuerpo?

– Quizá, pero tengo la misma cara de siempre, sino cómo hiciste para reconocerme.

– Pero a tu rostro los números le transformaron el cuerpo.

– Eso me pasa porque la matemática siempre se me escapó de las manos.

–Tendrías que haberte dado cuenta antes, haberla aprendido para enfrentarla, ¿no te da pena ver cómo ella te debilitó?

– Sí, pero no pude con la abstracción. Me ganó de mano la tarea por realizar.

– ¿Cuántas bolsas llevas anudadas?

– Desde que tengo cuerpo de número dejé de llevar la cuenta porque ahora soy parte de ella. Cada vez que intento sustraerme para sumar o multiplicar, me extingo, soy un número en llamas.

– ¡No puedo creerlo!

- ¿Qué no podés creer?
- Que no hayas podido detener semejante transformación sabiendo que tu cuerpo de antes moría.
- Me da gracia tu cara de asombro porque parece que no te dieras cuenta de que vos también cambiaste.
- Eso es mentira, ¡estás loca uno!
- No, para nada, tenés cuerpo de dos y también de cuatro, según dónde te pares dentro de la bolsa que proyecta más de una sombra.
- Te deben confundir las transparencias de las bolsas en las que te reflejás pero no soy un número.
- Entonces sos una bolsa.

Cuando la vecina dice esto miro mis manos, las piernas, los brazos y son bolsas macizas. Me toco la cara y pareciera que también es de bolsa porque, al tacto, no se siente de la misma manera.

No quiero creer en la conversación que tuve. No hay que creer en todo lo que a uno le dicen, tengo que ser fuerte y no pensar en lo que acabo de rozar.

Sigo caminando por túneles pero ahora mis pasos hacen un estruendo extravagante.

Es un ruido monótono capaz de hacer regresar a la razón que creí haber perdido.

Cruñch, cruñch, cruñch. Camino y la llamo. “Tengo que deshacerme del cuerpo, la casa y los amigos”, pienso mientras siento que la razón entra a un sitio en el cual es mi compañera. Y continúo: “desanudar el trayecto para recuperar fuerza. ¿Pero cómo se desenvuelven los paquetes del pasado?”

Empiezo por lo que tengo a mi alcance: desato el camino que me trajo hasta este relato sin caerme. “Liberarse no es caerse”, pienso. Es enfrentarse a la mimetización del cuerpo con los materiales que necesitamos para trabajar.

Pero, antes de salir de la bolsa, a mis vecinos les digo:

- Ustedes también pueden volver atrás.

Y dicen:

- Es que no podemos desatar números.
- Pueden descontarlos. Así recuperarán las piernas y los brazos que alguna vez tuvieron.
- ¿Y cómo hacemos?
- Recuerden el último número que contaron y empiecen a descontarse.

Pero temo por ellos porque sus caras son troncos débiles que parecen no tener fuerza para emprender la anticuenta.

Salgo del túnel. Respiro de una manera deforme. Los niños me miran. Los niños me quieren matar. Les pido una bolsita pequeña. Me la dan. La inflo. La pego a mi corazón. Impregno los latidos al material que me persigue. Después la exploto con las manos. Escucho el ruido que mi cárcel necesita para romperse. No quiero a estos niños. Nuevas consignas me salvarán.

XXIII-

Al otro día, habiendo recuperado el cuerpo, decido perderlo por decisión propia otra vez, para convertirme en la voz de un fantasma y encontrar al jefe cuyo cuerpo está desaparecido desde hace un tiempo.

Llego hasta la puerta del trabajo y les digo a mis compañeros:

– Quiero encontrar el cuerpo del jefe.

Mis compañeros me preguntan:

– ¿Dónde estás que te escuchamos pero no te vemos?

Y les digo:

– Acá, al lado de ustedes. No piensen en la falta de mi cuerpo sólo en la presencia de mi voz y escúchenme.

– Hace más de un mes que acatamos directivas de alguien que dejó de dar la cara. Creo que debemos fundirnos y enfrentarlo de una vez.

Y como veo en sus rostros una aceptación, rápidamente nos fundimos y conformamos una esfera rosa con decenas de piernas y manos de color rojo brillante y ojos de purpurina verde intenso invisibles.

Somos una nube compuesta de voces distintas. Dentro de ella, les digo a mis compañeros:

– No conocemos nada de su vida pero sabemos bastante sobre la sustancia y los accidentes de su voz.

Mis compañeros preguntan:

– ¿Y qué haremos para que la suya nos guíe hasta su cuerpo?

– Debemos estudiar. Tenemos que identificar con qué palabras se agrava o se agudiza; ante qué situaciones, reclamos y retos encuentra la inmortalidad; en qué surcos del silencio se resiente hasta tener que pronunciar las palabras que nos vuelven locos; por qué monstruosidad silábica y gramatical, su voz, como ninguna otra, logra enquistarse y proyectarse por altoparlante; cómo puede ser que la misma se enrosque, sin enamorarse, a cada objeto del trabajo cotidiano; cuál es el criterio que adopta para cambiar la lógica del trabajo: en qué momento decidió cerrar el local al público para que trabajemos con las persianas bajas, en la oscuridad y en el silencio más absoluto. Para hallar el recorrido que conecta la voz con el cuerpo tenemos que responder estos interrogantes. Entonces, decimos: “manos a la obra”.

Con las preguntas respondidas entramos al local.

Y, ni bien llegamos, la voz del jefe nos intercepta:

– ¿Éstas son horas de llegar a trabajar? Tendrían que haber abierto hace dos.

Son unos irresponsables. Están despedidos.

– ¿Cómo se dio cuenta de que llegamos?

– Por los ruidos de sus pasos.

– Si nos echa, ¿no cree que los nuevos empleados se negarían a tener una entrevista con una voz? La desaparición de su cuerpo le hace perder credibilidad.

– Me tiene sin cuidado el porvenir. Lo más importante ocurre en este instante y significa que están despedidos, pensaron que les iba a seguir perdonando la vida pero se equivocaron.

– Está bien, aceptamos su decisión pero con una condición, que nos lo diga en la cara.

– No tengo por qué hacerme presente para dar tan mala noticia. Ahora, háganme el favor, busquen sus cosas y váyanse.

– De esa manera no hay trato. Nos vamos a ir pero antes lo vamos a encontrar.

– Imposible, no se puede.

– Eso lo vamos a responder nosotros.

Mientras corremos por el local, se produce una lucha de voces.

Somos enemigos ciegos con ganas de abrir los ojos una vez que hallemos el regalo.

Buscamos el cuerpo del jefe, según el croquis dibujado, a partir de las respuestas obtenidas, por los ascensores, la terraza, el entrepiso, la cochera, los vestuarios, los estantes, los roperos, el reverso de las cajas de cartón dobladas por la mitad, el borde de los billetes de cien pesos, el interior de las monedas doradas, los desperdicios soñados que quedan en el aire cerca de las cajas, las palabras que quedan atrapadas en los espejos del baño, el fondo de los baldes en los que siempre queda agua reseca con polvo y lavandina, los trapos de piso escondidos en los rincones que nadie quiere limpiar porque son los únicos lugares donde se acumula el ocio que necesitamos para seguir adelante con nuestro trabajo. Y su cuerpo no aparece por ningún lugar.

Y le decimos:

– Tenemos toda la vida, no tenemos apuro.

Y el jefe contesta:

– Veo muy difícil el logro de la misión que se propusieron.

– Nos fundiremos para que lo difícil nos resulte fascinante.

– Entonces, sigan desperdiciando su tiempo. Yo me voy a almorzar y a concertar entrevistas de los futuros empleados.

– Adelante, contestamos al unísono. Nosotros seguiremos, incansables.

Entonces salimos a la vereda para recuperar el cuerpo y tomar un poco de aire.

Así le damos la bienvenida a los camiones de mercadería, a los clientes enojados y a los proveedores de luz. Después, les pedimos a los camioneros sus respectivas antenas y las fundimos con otras que los vecinos acercan de manera confanzuda.

Armamos así un dispositivo capaz de encontrar el cuerpo del jefe que sigue escondido.

Uno de los vecinos dice:

– A este aparato le falta sonido, la búsqueda en silencio podría doblegarnos.

Así es que, mezclamos las antenas con las señales sonoras de los radios, con nuestras voces que recuerdan el tono de la nube que fuimos, con las de los vecinos, con los ladridos de los perros, con los ruidos de los arranques del transporte, con los pasos de los ancianos que dan sombra, hasta que creamos un mediomundo que logra interceptar la voz del jefe.

Y el cortador de carne dice: “estaba en un lugar tan obvio, que cómo no nos dimos cuenta antes de buscarlo ahí”.

XXIV-

Ninguno tiene que renunciar porque, si bien no encontramos el cuerpo del jefe, atrapamos su voz y la pusimos de un frasco de vidrio, al que colocamos arriba del mostrador principal. Desde que está allí, le tenemos un poco de cariño porque es una mascota con muñones, parecida a un poroto que echó raíces cortas y secas.

Cuando se irrita, se opaca y deambula desordenada de un lado al otro. Cuando está tranquila, acostumbrada al encierro, se vuelve obediente como nosotros.

Entre los compañeros decidimos abrir el local al público aunque haciendo algunas modificaciones.

El hecho de atrapar la voz del jefe debía dejarnos una lección, de lo contrario hubiésemos sido partícipes de una venganza. Y la enseñanza que aprendimos es que es mejor que nuestras voces encarnen el trabajo que realizan nuestros cuerpos porque, coincidimos, dejamos tareas relegadas por venir a trabajar.

A continuación, cada uno de nosotros expresa lo que hará mientras su voz supla y

encarne las destrezas del oficio: el artista de los cuchillos dice que su vida, de ahora en más, transcurrirá en parques de diversiones; el acomodador de botellas construirá, con envases de plástico, la casa que nunca tuvo; mi compañera, que es amiga desde el día que me mojé, estudiará las transformaciones generacionales de la moda de las mismas temporadas en los últimos cinco años; Mandado escribirá el guión de la miniserie que le propuse protagonizar; el hermano del acomodador de botellas lo ayudará en la construcción de una alacena sin reflujos; y yo me dedicaré a rediseñar el vestuario para nuestras voces. Nadie acepta que desee hacer esta tarea pero, para mí, es un desafío crear el uniforme para nuestras voces esclavas. Me dicen que aproveche, que no sea tonta, que tengo la oportunidad para bosquejar, por primera vez, la moda de quien quiera, las pasarelas de personas desconocidas, sus misteriosos movimientos, e insisten:

– Ahora tenés tiempo para ver televisión y tomar nota de lo que usan las conductoras de los programas de la tarde; caminar por el barrio para ver cómo las chicas reales combinan lo que está en las vidrieras; dibujar y llevarles carpetas a tus modistos favoritos o bocetar el vestuario para los actores de la miniserie que protagonizarán con Mandado.

Y les contesto:

– Sí, podría hacer todas esas cosas pero me estaría distraendo. Porque, si bien para nuestros cuerpos es una liberación no tener que venir más al trabajo, nuestras voces siguen aquí. Pobrecitas. A mí me da pena tener imaginación, libertad de movimiento, a costa de que el precio a pagar sea la mudez. Pensemos que el jefe eligió convertirse en una voz pero nosotros elegimos no venir más al trabajo que es diferente.

Entonces, al ver que nuestro aprendizaje dista de la felicidad, asumo los hilos de la tristeza y me dedico a confeccionar un regalo a quienes se quedarán aquí en representación nuestra.

Mis compañeros me dicen:

– Pero no seas tonta, la felicidad nunca es completa, tenés que aprovechar esta oportunidad.

–Ya sé que no es completa pero esta situación ni siquiera es incompleta.

La felicidad para mí se produce cuando las cosas se mueven por decisiones que uno tomó, premeditadamente, no cuando suceden porque sí.

– Pero esta vez fuimos nosotros los que movimos las cosas hasta apresar la voz del jefe.

– Esa decisión es falsa porque las cosas no se movieron realmente. ¿No se dan cuenta de que nuestras voces se quedan aquí trabajando por el cuerpo de nosotros? No hay ninguna modificación.

– Para nosotros sí, algo es algo. Ahora podemos disfrutar de otras necesidades.

– A cambio de no tener palabras. Esta situación engendra desgracia.

– Como quieras, entonces quedate acá y listo.

– Dejo mi voz como ustedes para ir a casa y diseñarles el nuevo vestuario.

Mis compañeros salen corriendo del local como si la verdad estuviera lejos de la boca.

El silencio de la casa y el mío se potencian y los interrumpo con música.

Pongo uno de mis casetes favoritos, una compilación de los mejores lentos de los ochenta. Estas canciones que las suelo escuchar cuando llego del trabajo me hacen fantasear con la posibilidad de volver a bailar con los hombres que tenían olor a

perfume en sus remeras. Es una música que me esperanza. Quizá sea la que necesite, en este momento, para tener la ilusión de que algún día recuperaré lo que me pertenece.

Subo el volumen del equipo. Los vidrios de las ventanas parpadean insólitos al no escucharme cantar. Saco del cajón más grande del ropero: la tijera, papeles, vestidos de mamá, hilos de coser y los dispongo sobre la mesa del comedor. Esta situación de felicidad incómoda no aprieta, por eso puedo dibujar. Trazo un vestido para mi voz pero la mano traiciona el proyecto inicial. Es un vestido de novia largo, con tela finita, suave, inalcanzable para el cuerpo. Y, mientras lo salpico con manchas de témpera blanca, pienso: “por qué la mano dibuja una situación que no existe” y mi mano mientras chorrea contesta: “que no tengas novio no significa que no lo vayas a alcanzar”. Y presiento que, mi voz reconoce a otra que entró recién al local, quizá la de un antiguo cliente. Le hago caso a mis manos y pinto detalles para sonidos que se reencuentran.

XXV-

Sigo sentada en el comedor y me doy cuenta de que estoy enamorada porque me río y me llegan alteraciones de la voz por el contacto con un antiguo cliente cerca de una góndola vacía. Gracias a este reconocimiento, al cuerpo lo impactan los toques de batería que marcan los compases de la máquina de coser.

Los caprichos del amor parecen cumplirse por eso, intento apresar su génesis irreal, los esfuerzos del corazón para asimilar lo que sucede.

Me impongo estar lúcida y captar los destellos de las miradas, las sombras de las palabras, los bailes del silencio. Quiero retener los detalles para no extrañar. “El motor del amor no necesita trabajar una vida entera en una fábrica para destacarse. El amor son los hijos momentáneos que convertimos en globos de colores para soltar en el cielo del después”, pienso.

Presiento que el cliente mira mi voz sin buscar el cuerpo porque lo conoce o no le importa. Se deja llevar por ella y se abandona a lo que le propone. La risa nos hace entender el momento de una manera clara, brillante, para siempre. Para seguir así, él produce saltitos de rana con las palabras y eso provoca que quiera adherirme, con cola vinílica, a su cuerpo que miro, por primera vez, lejos de la máquina registradora de productos. Antes estaba obligada a concentrarme en los productos que él llevaba, en una cadena que iba desde ellos hacia ella, de la máquina a las bolsas, de las bolsas a sus manos, de sus manos a la caja, de la caja a sus manos. La ruta del dinero es una pendiente hacia abajo pero en el amor, la ruta es ascendente, en dirección a los ojos, al pelo, al porvenir.

Creo ver ahora sus collares de medallas milagrosas, su remera desteñida, sus jeans con sombras en los bolsillos, sus pulseras metálicas que, supongo, hacen juego con la música que, en otro momento escuché, y no me gustó.

Vislumbro que observa mi voz huidiza, el vestido de novia que estoy cosiendo a la distancia, los lugares a los que me gustaría que me llevara de la mano el porvenir. Y como le hace caso a lo que observa, me dice que un día me va a invitar a un recital en el que toquen canciones lentas de los ochenta. Y no quiero dejarme llevar por su propuesta porque la lucidez del amor consiste en la aprehensión de los detalles en su génesis. Hago un esfuerzo sobrehumano para imponerme a sus palabras y lo logro y le

digo con una voz que nunca me había salido antes: “algún día vamos a ir”. Y me pregunta desde cuándo coso vestidos y esta pregunta me hace quererlo más porque otro hombre me hubiera preguntado cuántos años hacía que trabajaba acá. Pero a él le importan otras cosas. Y le contesto que desde que era chica. Y me pregunta si algún día podría escribirle un saco con mi tijera. Y le digo que encantada, que ya mismo podría empezar. Y él me dice que prefiere dejarlo para otro momento porque cualquier corte podría aturdir la hoja en blanco del amor de la que estamos siendo parte. Y le digo que podríamos hacer como las gallinas y sentarnos sobre los huevos para darles calor. Y nos sentamos en unos banquitos y como estamos distraídos nos caemos al suelo. Y una vez allí, la risa hace que se unan, como al pasar, nuestros ojos, las manos, nuestros cuerpos disímiles porque él tiene un cuerpo y yo una voz. Y me esconde en el suyo para no extrañar el mío.

Pero, una vez que estoy en su refugio, me doy cuenta de que nuestro amor se va a volver a proyectar porque una lupa del mal está registrándonos desde el techo. Y él dice: “tenemos que impedirlo. El después no puede quedar dentro de una máquina, traeme limones”. Y cuando se los alcanzo los tira con fuerza contra el instrumento, entonces, las imágenes se achicharran y caen trituradas como papel picado sobre nosotros. Así nos despedimos hasta dejarnos una marca invisible en la ropa por coserse. Y soltamos, mientras tomamos caminos diferentes, los globos de colores que dimos a luz mientras reímos.

XXVI-

Después del trabajo mi voz regresa a casa en silencio y despabilada. Huele el mundo, de tal manera, como si éste quisiera entrar amontonado en la voz de una sola persona. Extiende los hilos de las cuerdas vocales y se las presta a los pájaros recién nacidos, a los niños desorientados, a las mujeres con carritos y a los hombres cuya presencia irradia el fin de la vida contenida en una mueca de satisfacción comercial.

Recién, desde esa mudez llora porque no puede creer que aún en el trabajo ocurran cosas milagrosas. Camina y piensa: “quiero volver a vivir todo lo que pasó. Si tuviera el poder de la relación, volvería a verlo la misma cantidad de veces que pongo el casete con canciones favoritas en el equipo de música pero antes, para no gastarlo, le haría un tratamiento especial: lo rayaría para que las canciones sonaran más lentas de lo habitual, de tal manera de estirar los minutos del encuentro.

Los helados, los cigarrillos, las canciones y el amor son gustos que se terminan demasiado rápido. Alguien tendría que haber pensado cómo aletargarlos y reconvertir su existencia en base a la lógica de la cámara lenta”.

Sigue caminando y siente cómo el mundo adentro suyo transmuta el antiguo sonido de su voz en la de otros seres. Pero, justo, en ese instante de ruido colosal, se da cuenta de que al encuentro le faltó algo. Y un pestañeo de tristeza pasa rapaz y nubla su visión inventora de momentos venideros. “No me dio ni un beso de despedida”, dice la voz, a punto de culminar la reconstrucción de lo sucedido.

Ahora, quiere convencerse de que lo que vivió no tiene realmente importancia y especula sobre los posibles motivos: seguro fue por no tener una boca bien formada, porque al antiguo cliente le daría impresión besar una voz sin poder abrazar un cuerpo, porque no le había parecido lo suficientemente atractiva o porque presintió que ella había tomado demasiados helados en su vida y que, al besarla, podía congelar para

siempre la lengua de los otros. “¿Por qué estoy volviendo a casa sin saber lo que es besar a alguien en la boca?”

Y mi cuerpo desde casa le mandaba señales para tranquilizarla: “el amor sólo quiere más amor, no te dejes enredar por el tiempo que falta”.

Pero la voz cegada de especulaciones se enoja porque siente que el momento que pasó se transforma, segundo a segundo, en la peor de las experiencias. Por algo pasó, algo malo debo tener en mi aspecto, o algo malo tiene él dentro de su boca que no me quiso mostrar, entonces el amor dista de ser el esclarecimiento de alguna cosa y es, por el contrario, el ocultamiento de algo muy profundo: como una caries, una corona floja en un diente, la producción de saliva animal, pensamientos vergonzosos, la frustración de no tener algo, tan elemental, como una boca como dios manda”.

Y mis manos que todavía están cosiendo el vestido de novia le contesta: “el amor es acción, ya se van a volver a encontrar”.

Pero la pasión enceguece y la voz quiere recobrar sus cuerdas vocales para gritar lo que le está pasando y hace lo peor. Agarra una gomera, le tira una piedra a un pájaro y se lo traga para recuperar la pronunciación.

Y, como le da náuseas, se queda echada en una vereda hasta que se le pasa el mareo de los pensamientos.

Mi cuerpo avergonzado por su inmadurez la espera como una madre que lo perdona todo.

Cuando la voz llega a casa, toca el timbre y mi cuerpo baja a abrirle la puerta.

Nos vemos y nos abrazamos. Unidos decimos: “es hora de descansar para entender por qué el sabor, de cerca, se vuelve irreal”.

XXVII-

No estoy tranquila después de lo que ocurrió. El amor pasó demasiado rápido y la velocidad me desorienta. Comprender para mí es intentar retener: el amor, los números, las bolsas pero se escapan.

Estoy en casa y el teléfono no suena y, en voz alta, digo: “cómo llamaré el antiguo cliente si no le di el número”.

Cuando por fin suena escucho la voz de un compañero que pide, desesperadamente, que nuestros cuerpos vuelvan a trabajar al local porque las voces se están peleando y, sin ellos, es probable que se lastimen.

Le digo que se quede tranquilo, que en cuanto pueda, voy a ir pero que, ahora, estoy ocupada en algo serio y no debo ser molestada.

Como mi compañero insiste, le repito que en cuanto me desocupe voy a ir al local para ayudarlas en lo que necesiten pero no se conforma y pregunta por mi voz, que cómo puede ser que no aparezca por ningún lado y yo le contesto que es una pregunta tonta porque si puedo hablar por teléfono es porque mi voz volvió a casa, a causa de que la noche anterior vivió algo extraordinario.

Corto y pienso en la mentira que dije, esto de que en cuanto me desocupe voy...si no estoy ocupada, pero claro, el amor se las ingenia con su lógica para crearnos ocupaciones de una índole muy distinta a las que nuestros cuerpos están acostumbrados. Son ocupaciones de la mente, no del cuerpo. Imperiosas, subyugantes que no tienen nada que ver con los deberes diarios.

Me siento agotada y eso que ni siquiera fui capaz de levantar de la mesa la taza del desayuno, ni de subir la persiana, ni de lavar los platos sucios de noches anteriores, ni de cambiarme. Quiero volver a sentir lo que pasó, una vez y mil más y no sé qué hacer. Si, por lo menos, tuviera un poco de ánimo me vestiría para sentirme lúcida y volvería a trabajar para ver si lo encuentro pero estoy desesperada y es por eso que no puedo encender los motores de la vida.

Me quedo mirando un punto fijo con ganas de fumar dos paquetes de cigarrillos enteros, retener el humo y que éste me dé la solución que tanto ansío. Pero no tengo fuerzas para ponerme los zapatos e ir hasta el kiosco. Además, salir con esta ropa sería defraudar la imagen que tiene el barrio de mí. Entonces, pienso que quizá si tomara un trago me alentaría a revivir el preámbulo del amor para saborearlo pero me arrepiento enseguida porque recuerdo que la nostalgia mezclada con alcohol me produce arcadas.

Afuera el sol, los pájaros, los gritos de los chicos que salen de la escuela.

Adentro mi tristeza y esta oscuridad que me hace sentir que quiero borrar lo que ocurrió. Afuera la gente trabaja, las chicas se arreglan para ir al mercado, los niños lloran, los niños se ríen. Adentro estoy sin comprender lo que pasó tan deprisa.

El mundo y yo estamos separados por un océano y a la vista no hay ningún animal que nos una, llevándonos a pasear, para reconciliarnos.

Me acuesto en la cama porque hoy soy una inoperante, una persona que alguien abandonó. Y resulta que, en ese instante, miro al pasar unos libros que compré años atrás y nunca había tenido oportunidad de leer. Y me digo que este estado es ideal para empezar uno de ellos. Que no hay nada mejor que leer cuando uno no entiende algo. "Para eso se escriben los libros" pienso, para dar respuestas a interrogantes como éstos. El primer libro que saco del aparador tiene tapa dura color ladrillo y letras doradas. Es de un autor inglés que se llama John Blue. Recién cuando leo los primeros versos presumo un alivio. Al leer empiezo a recuperar las ganas de hacer cosas, las imprescindibles para subsistir. Me levanto y voy al baño a hacer pis y sigo leyendo. Después, me dan ganas de tomar un jugo, voy a la cocina exprimo naranjas y sigo leyendo. Después, me dan ganas de comer, vuelvo a la cocina, saco la lata de galletitas y sigo leyendo. Después, me doy cuenta de que quizá podría cocinar algo exquisito puesto que hace veintiocho horas que no como, entonces cocino un manjar y sigo leyendo. Después, me dan ganas de bañarme y escuchar una música tranquila y sigo leyendo. Después, me doy cuenta de que podría salir a dar un paseo porque la noche es preciosa y me visto pero, antes me recuesto otro rato en la cama, y sigo leyendo. Termino el libro y salgo a la calle. Miro las veredas de todos los días y les digo: "creerán que soy la misma mujer de ayer pero no. Me enamoré y estoy aprendiendo a despejar los interrogantes del amor de la mano de un autor inglés".

Los vecinos me miran como si fuera la misma pero no saben cuántas cosas distintas me pasan. Y camino como queriendo encontrar no tanto al cliente, ahora, sino a una persona para poder compartir el libro que terminé de leer. Pero miro los rostros que pasan alrededor y no encuentro ni uno al que me den ganas de leerle algún poema de John Blue. Entonces, me siento en un bar y empiezo el segundo tomo de la colección color ladrillo abrigada. Hoy comparto con ellos lo que no entiendo. Los libros no necesitan saber números de teléfonos para querer.

XXVIII-

Pero ocurre que al leer me olvido del tiempo y esta situación provoca otra especie de abandono. Estoy un día entero sentada en el bar leyendo los libros que había comprado sin poder pensar en otra cosa. Ellos equilibran la falta de entendimiento en el amor, ayudan a despejar sus enredos sin aclarar, completamente, las incógnitas. Son los espejos que el amor necesita para reconocerse y sentirse acompañado. Concluyen frases que pienso y no termino de pronunciar.

Recupero el ánimo. Porque, además, pienso que fui inteligente al comprarlos en oferta, con la idea de leerlos cuando tuviera tiempo. Hay que confiar en los objetos que nos tientan e intento anular la pregunta: “¿para qué queremos tantas cosas si podemos vivir con tan poco?” porque ahora sé que, en un momento u otro, usaremos lo que nos atrapa. Los envoltorios, las fragancias, los colores es confiar en los secretos que cada objeto revelará cuando lo necesitemos. Me dejé llevar por las tapas de los libros y me encontré con poemas que representan lo que me pasa; como en otro momento me ocurrió con una familia de ratones en unos pañuelos de papel y encontré que los dibujos contenían mis lágrimas. Los objetos que nos fascinan tienen más de un sentido, el deseo más adelante recobra más de una explicación.

Para el tiempo después del amor no existe nada mejor que los adornos que las chucherías esconden debajo y detrás de los estuches porque con sus alegres colores equilibran estados de incertidumbres. No es igual estar triste acostado en una cama con sábanas lisas y rotas que estar con otras con motivos de flores silvestres. No es lo mismo estar angustiado por algo que no podemos resolver y hablar con otro por un teléfono negro, gris, siempre opaco, que a través de uno que tenga una boca roja carnosa. No es lo mismo estar desesperado y sentarnos a mirar un punto fijo de una pared resquebrajada y pálida que mirar un punto fijo del fondo de un cuadro de un paisaje.

Me siento mejor. Definitivamente.

Ahora puedo entender el mapa sofisticado del amor. Las elegantes y trágicas palabras con las que distintos autores definieron la fragilidad.

Como dice John Blue: “el amor verdadero pasará/ Sin amarrarse a los días”. Pero también hay otras visiones para entenderlo, como por ejemplo la que sostiene otra autora, de la misma colección, que se llama Dominique Lancaster quien por el contrario, escribe: “inolvidable es el amor/ al que se poda/ rosas bonsái/ manos trabajando”. O, también, como lo percibe Clorinda Dominó en un poemario de epitafios: “verdadero es el cuerpo del amor/ las palabras creyéndose cuando desaparece”. Y pienso que este último verso es el que mejor representa mi situación. Sus palabras me activan.

Tengo que buscar su número de teléfono para llamarlo y preguntarle si me extrañaba, si le había gustado abrazar mi voz, si tenía ganas de volver a verme, si tenía pensado llamarme, a quién le iba a pedir mi número, por qué la primera noche no me había besado, si era porque había algo en mí que le daba impresión o había faltado tiempo. Y las preguntas vinieron a mí. Y, con ellas, mis ganas de salir a buscarlo.

Entonces, pido la cuenta en el bar después de estar sentada durante veinticuatro horas, pago, salgo a la calle y camino hacia el trabajo porque, especulo, quizá él también esté esperando verme allí, otra vez.

Llego y me quedo sentada en la vereda de enfrente escondida debajo de un árbol.

Si lo espero cerca corro el riesgo de que la voz de algún compañero reconozca la mía y la obligue a quedarse a trabajar.

No necesito ningún accesorio para pasar desapercibida porque las naranjas del árbol que me escolta empiezan a caerse hasta taparme la mitad de la cara.

Veo entrar a los clientes de siempre pero al Antigo no.

Le pido al día una oportunidad. Le suplico a la puerta metálica que lo dibuje para llamarlo. Creo en todo lo que imagino con tantas ganas que de golpe lo veo pasar.

En ese momento cruzo la calle y lo chisto.

Él se da vuelta y se queda congelado.

Y le pregunto:

– ¿Cómo estás?

– Mejor, ahora que te veo.

– ¡Qué lindo escuchar lo que decís!

–Yo vine a ver si te encontraba.

–Yo vine por lo mismo.

– ¿Y dónde estuviste ayer?

– Ah...me quedé en un bar leyendo.

– ¿Y qué leíste durante tantas horas?

– Cosas importantes.

– ¡Qué intriga, contame algo!

– Es que las cosas especiales necesitan un lugar especial para ser contadas.

Y este es el lugar en el que estoy todos los días.

– Tenés razón ¿querés que tomemos algo y me contás?

– Me encantaría. Sería un regalo para las horas que viví.

– ¿Vamos al bar que tiene luces de colores encendidas durante el día?

– Ese es un lugar al que siempre quise ir.

XXIX-

Fue una noche muy especial porque con el antiguo cliente, al que desde este momento llamo “Antique”, nos quedamos a dormir en el bar de las lucecitas de colores. Es la primera vez que pernocto con un hombre en otro lugar que no sea mi casa y debo confesar que fue una experiencia sin igual, fundamentalmente, porque coincidimos en cederle a las palabras el lugar principal de nuestra unión. En este sentido, es el primer hombre que conozco que no pretendía charlar sobre libros en un bar para después, llevarme a su casa sino festejar a cada instante festejarlas y crearles las casas que necesitaban para que se quedaran a vivir con nosotros para siempre.

Las primeras cinco horas conversamos y las restantes nos quedamos dormidos con ellas alrededor de la boca para que, al despertarnos, pudiéramos tragarlas, mezclarlas con otras y terminar las frases que habían quedado incompletas. Descansamos así, con las cabezas sobre la mesa y nuestras manos agarradas formando un corazón contenedor para que las señales no se cayeran.

Cuando nos levantamos sentí una sensación -que no le dije a él pero creo que fue parecida a la que él también sintió- relacionada con la maternidad y la paternidad.

Aunque no hicimos el amor, el amor estuvo entre nosotros, en las palabras que durmieron cerca nuestro y a las que nuestras manos protegieron para que no murieran.

Tener hijos o hijas, pensé, no tiene que ver con las frases que salen claras del cuerpo sino con aquellas que no se dicen o se dicen por la mitad y, sin embargo, producen un fulgor.

Después del desayuno nos ponemos a hablar:

– Buen día, ¿qué tal dormiste anoche?

– ¿Sabés? hacía muchos años que no dormía tan plácidamente.

– Lo mismo me pasó a mí. Como si hubiese comido algo muy rico o como si hubiésemos hecho el amor.

– Sí, es cierto y pensar que no pasó nada de eso, porque solamente charlamos y tomamos un café.

– Se ve que necesitábamos hablar.

– Yo necesitaba compartir los libros que había leído en un lugar especial y resultó.

– Sabía que te iba a gustar porque tiene tu estilo, las luces que cuelgan de las paredes se parecen a los aros que solés usar.

– Además, hay un clima que me recuerda a mi ropero. Claro, no lo conocés todavía, pero como me viste tantas veces, sabés de qué te hablo.

– Me lo imagino, perfectamente, por eso te dije de venir, es un bar para vos.

Los vestidos que usás se parecen a los manteles, los pañuelos que te ponés en el pelo tienen la textura de estas servilletas de seda. Tu maquillaje parece salido de uno de estos cuadros. El perfume de tu cuerpo es una mezcla entre el calor de la cocina y el orden de las mesas.

– ¡Qué lindas cosas decís, es tan mágico encontrar lugares gemelos! Es lo que me pasó con los libros y lo que me pasa en este mismo momento con vos. Me voy a poner a llorar.

– No, te pido por favor que no llores, no seas tonta...

– Dejame llorar de alegría.

– Está bien, así te veo más hermosa. Lo que pasa es que uno tiene el impulso de parar a los demás cuando lloran, no sé, como si fuera peligroso. Y el peligro en los rostros es sorprendente porque salen a la luz rasgos prehistóricos de la humanidad, animales que comprendieron cosas sin haberlas expresado.

– Gracias por entenderme pero creo que lloro por algo más.

– ¿Por qué?

– Por ahí es una mezcla de lo que no te puedo decir, con un poco de cansancio.

– No te preocupes, cuando puedas me vas a contar.

– Es que tengo miedo de decírtelo y que te vayas.

– ¡Estás loca, a dónde me voy a ir si te amo!

– No sé, lejos, muy lejos. Y me dejes sola, entonces, la noche que acabamos de pasar se transforme en un sueño y no me gusta soñar despierta, me gusta vivirlos y entonces...

– No tiene sentido que te pongas así, que el llanto sea la antesala de lo que tu mente imagina. Acepto tus lágrimas sin superstición.

– Tenés razón...

– ¿No me vas a contar?

– Bueno, está bien. Creo que estoy embarazada.

– ¿Cómo vas a estar embarazada si no hicimos el amor?

– Sí, hicimos el amor a través de las palabras.

– ¿Y cómo te diste cuenta?

- En un momento sentí que una de ellas, en particular, me estaba haciendo un hijo.
- ¡Qué maravilloso!
- ¿No te da miedo?
- Para nada, me encanta la idea de ser padre de una palabra.
- A mí también, por eso sigo llorando de emoción.
- ¿Qué palabra fue, te acordás?
- No exactamente.
- ¿Y si fuera alguna de alguno de los libros que me contaste, estarías embarazada del autor?
- No, las palabras fértiles son las que replican las personas que las comentan.
- ¡Ay estoy tan emocionado yo también! ¿Qué hacemos ahora?
- ¿Y si salimos a pasear para ver si se nos ocurren nombres para nuestra hija palabra futura?

XXX-

Me siento especial con el embarazo, llena de un significado sin nombre.

Los nombres vendrán después, los presiento delante de las sensaciones sin hacerles sombra.

Nos despedimos de Antique por un momento porque tengo que ir a casa a bañarme y cambiarme para volver al trabajo. Él me dice que a la noche me pasa a buscar y que hoy, como es un día de fiesta, vamos a ir a comer a un restaurante lejano, solitario y colorido relacionado con la personalidad de los dos.

La felicidad me abraza porque hacía mucho tiempo que era la única inventora de mis días. Pero ahora está él que, como a mí, le gusta salir después del trabajo y descansar donde esté, igual que la noche anterior que nos quedamos dormidos mientras hablábamos sobre libros.

Vuelvo a casa erguida, con las manos extendidas, la frente hacia adelante, los pies dando pasos largos, el cuerpo abierto para que el sol de la mañana lo nutra y lo traspase. Pero, al entrar a la casa hay algo que me nubla, una sensación fría que opaca y congela el nacimiento de la relación. Pienso: “quizá son las persianas cerradas, el hecho de que no haya nada fresco para tomar, nada rico para comer en la heladera, que la ropa haya quedado tirada sobre la cama vacía, no sé, pero hay algo que hace tropezar la temperatura de mi alegría”. Entonces me baño para despejar dudas tontas y, cuando me estoy lavando el pelo, me doy cuenta de algo terrible. Estoy así porque, en el caso de que la voz del jefe se escapase del frasco, no sé cómo le voy a decir que estoy embarazada. Ahora, más que nunca necesito el trabajo pero sé por otras compañeras, que es lo peor que te puede pasar.

Vienen las palabras de él, a través de ellas a mis oídos, esas que antes repudí ahora me pertenecen. Y mientras me enjabono el cuerpo dicen: “el jefe nos quiere echar del local porque no acepta vacas para trabajar, quiere mujeres; son un gasto para el local porque desde que están embarazadas no cierra la cuenta de las galletitas, las tortas y los chocolates vendidos; las madres son mentirosas porque utilizan sus panzas y, luego, a sus hijos para dar lástima; se ponen jocosas pero sólo se dejan tocar por sus maridos; lo único que tienen en la cabeza es cómo llegar a fin de mes y qué otro sacrificio pueden hacer para comprar alguna pavada para los chicos”.

Estas frases me lastiman y mientras me seco, me pregunto: “¿qué voy a hacer, cuándo se lo diría, cómo podría disimular la panza, qué excusa pondría en el caso de que me llegaran a dar vómitos, qué disfraz diseñaría para que mi estado pase desapercibido, por qué no tendría derecho a disfrutar de mi felicidad mientras trabajo, qué clase de gualicho podría hacer para que frases tan crueles no le lleguen al embrión de la palabra futura?”

Me cambio así nomás y lo llamo por teléfono a Antique y le cuento estas dudas:

- ¿Qué vamos a hacer?
- No tenés que preocuparte. Quedate tranquila, ya lo vamos a ir resolviendo.
- Es que me pone mal pensar que voy a ser madre y que pueda no tener dinero para mantener a mi hija.
- De algún lado va a salir.
- ¿Y si no sale? No es nada fácil ganar dinero.
- Quizá, sea una señal para que cambies de trabajo.
- ¿Pero dónde?
- Con tu experiencia seguro conseguirás algo pronto.
- Si tengo experiencia en este rubro solamente, ¿qué estás diciendo?
- No, tenés experiencias de la vida, sos inteligente y linda.
- Pero eso a los empleadores no les basta. Lo único que quieren saber es si completaste tus estudios secundarios, si hablás inglés y si manejas algo de computación.
- De todas maneras esas cosas las sabés.
- Pero el inglés que sé, está basado en las traducciones caseras de las películas que miro y eso no cuenta para un trabajo. Me siento una mala madre.
- Me parece que te estás haciendo problemas donde no los hay. ¿No me dijiste que habían apresado la voz del jefe en un frasco de vidrio?
- Sí, pero la voz está viva y si el frasco se rompe podría seguir dándonos órdenes.
- Y tus amigas cuando estuvieron embarazadas ¿se enfrentaron a él?
- No me acuerdo.
- Vos te vas a saber defender.
- El poder lo seguiría teniendo él.
- Según, también lo tienen tus palabras.
- Pero no quiero pensar en que la palabra que se está formando, la tendría que utilizar para una lucha.
- Tenés que aprender a separar las cosas. La palabra del futuro que estás anidando dejala en silencio. Y usá otras para construir una fortaleza capaz de proteger lo que ahora es tuyo, mío, de los dos.

XXXI-

La felicidad no es completa. Ahora que estoy enamorada y embarazada de una palabra, no sé si voy a llegar a fin de mes. Armar una familia es más fácil que mantenerla.

Me pongo a llorar otra vez sobre el pecho de Antique y le pido que se quede en silencio hasta que mis lágrimas dibujen sobre su ropa una respuesta.

Antique se queda porque sabe que no le miento, que mis lágrimas son mágicas, tristeza contenida que, al caer, surca los caminos de posibles

soluciones. Entonces me acaricia el pelo y me dice: “tenés razón, llorá tranquila, necesitamos que tus lágrimas salgan de tus ojos convertidas en altares de la suerte”. Después de un largo rato, me alejo del pecho de Antique y veo que en su remera ellas dejaron dos trazos de color azul profundo como si alguien las hubiera pintado con aerosol.

Mis lágrimas son capaces de escribir leyendas que acomodan la existencia. ¿Qué voy a hacer con este poder? Necesito que en el trabajo acepten que estoy embarazada ¿qué pueden hacer ellas más allá de escribir alguna frase impertinente en la pared del local?

Como hay tantas cosas que no sé, le propongo a Antique que me acompañe al trabajo y le digo: “no hay mejor manera de entender lo que no sabemos que yendo hacia ello”.

Empezamos a caminar con la esperanza de vivir algo extraño, sin precedentes. Llegamos a la puerta del local y escuchamos la voz del jefe salir áspera y decir: “qué te pensás que es esto ¿un parque de diversiones? ¿Cómo puede ser que las voces de tus compañeros estén trabajando y vos siempre estés en el limbo dando la nota? Esto se va a terminar hoy mismo, no tengo por qué soportar a una empleada irresponsable como vos; andá haciéndote la idea de que no vas a trabajar más aquí porque nunca te comprometiste con la causa de la organización y nosotros necesitamos gente idónea y que, por sobre todas las cosas, sienta en su ropa el nombre de la empresa.

Por el tono de su voz pienso que se escapó del frasco y que, seguramente, esto ocurrió el día que mi compañero me llamó pidiéndome que viniera porque las voces se estaban peleando. “No quiero temblar”, digo en voz baja.

Aún no sabía cómo funcionaban mis poderes hasta que veo salir de mis ojos dos chorros azul profundo que atraviesan la puerta, envuelven la voz del jefe, la petrifican y la convierten en una rama seca y brillante. Luego, me doy cuenta de que soy capaz de construir monumentos anti sonoros porque los colores que proyecto paralizan la funcionalidad de los cuerpos y las cosas sin eliminarlas.

Llevo la voz rama del jefe al cantero de la entrada porque mis lágrimas convierten el dolor en objetos necesarios.

Después, salen las voces de mis compañeros, unas dicen que estoy loca, que cómo me atreví a convertir al jefe en un monumento, que quién nos pagará el sueldo de ahora en más, que era divertido tener que atrapar su voz cada vez que se caía el frasco. Otras salen entusiasmadas al encuentro de mi poder. Otras murmuran en la vereda cosas que no llego a escuchar porque el sonido parece una copia carbónica de la pronunciación.

Hasta que la voz pinchuda de uno de mis compañeros sale a la calle y pregunta: – ¿Qué está pasando acá? Vuelvan todos a sus puestos de trabajo.

Y en cuanto veo que, frente a esta pregunta, regresan los cuerpos de mis compañeros para defender el dinero de sus voces, hasta los de aquellas que estaban entusiasmadas, de mis ojos salen disparos color verde inglés que los envuelven y los transforman en postes. Con ellos Antique cerca el predio y construye una tranquera. Parece que estuviéramos en el medio de un campo sembrado de semillas de productos enlatados. Más tarde, los productos empiezan a crecer por la defensa de sus repositorios, flotan, bailan, se yerguen como girasoles bien dotados y giran sus caras hacia nosotros. De lejos, son hermosos pero cuando nos miran echan un polen de

mentira que deja el aire engrasado para atascarnos. Y, en cuanto detectamos que intentan debilitarnos con sus prometedoras caras, de mis ojos sale un rayo amarillo más profundo que el de ellos y los convierte en bolas de navidad resquebrajadas con secretos a punto de saberse.

La pelea provoca que las monedas y los comprobantes de pago tomen cartas en el asunto y huyan de las cajas y las máquinas registradoras, a la velocidad de las piedras tiradas, a través de gomeras, en manos firmes de niños aburridos.

De mis manos salen dos chorros rojos que impregnan las monedas para inutilizarlas y de mi vientre un chorro negro que envuelve el rollo de papel para deshacer los números. Estos objetos se mimetizan en la transformación y forman una bandera que colocamos en el centro del descampado. Alrededor de ella hay caminos de mentira y secretos a la vista. Cercando el predio postes verdes. Las semillas de productos enterradas. Colgada en la tranquera la rama petrificada azul.

Al final el paisaje no necesitó leyendas porque el poder estaba en el color.

XXXII-

Estamos ahora en un nuevo lugar de trabajo fruto de mi nuevo poder. Es un paisaje bucólico al que deberemos sacarle el jugo para no morirnos de hambre.

Antes de pensar el próximo proyecto productivo, nos quedamos con Antique observando la obra realizada. Nos sentamos y pensamos con qué poder tan básico se pueden hacer cosas tan profundas. Hubiesen faltado chorros de colores para paralizar la máquina registradora y transformarla en una casa muda capaz de irradiar el silencio que necesitamos para inspirarnos. Pero bastó decirlo para que Antique lo inventara agarrándome las dos manos.

Después de un rato le digo:

– Deberíamos fabricar cosas bellísimas para no aburrirnos nunca de acomodarlas.

Además tendrían que ser accesibles, de modo tal que la mayor cantidad de personas se sientan renovadas, al adquirirlas.

– Pienso en la producción de la imaginación asiática.

– Pero tenemos que pensar en cuáles serían las chucherías típicamente nacionales.

– Está bien. Por otro lado, lo que no quiero es que nuestro nuevo local esté abierto todo el día.

– Coincido, habría que trabajar las horas mínimas para tener lo necesario.

– Si te parece bien, cada uno trabajaría durante un turno y el resto, realizaríamos actividades anticomerciales, a partir de las cuales incentivar a nuevos clientes.

– Yo daría un taller de reflexión sobre las vidrieras del barrio.

– A mí me encantaría dar un curso sobre el lugar de los extras en las películas que miramos por televisión.

– También quisiera dar un seminario intensivo sobre cómo combinar la ropa el día anterior para asegurar el buen ánimo, del siguiente.

– Sería importante llevar a cabo el Primer Encuentro de Niños para fomentar la expresión sobre qué tareas, de todas las que les enseñan sus padres, les agradaría continuar.

– Eso es imprescindible, tenemos que pensar cuál sería la educación adecuada para las palabras del futuro.

- Sí, pero temo que nos entusiasmemos con estas ideas y que no logremos generar dinero para vivir.
- Tenés razón, qué fácil es tener ideas y qué difícil es hacer dinero.
- Sigamos, ¿y qué chucherías fabricaríamos?
- No sé, ¿qué crees que necesita la gente?
- Comer, dormir, vestirse, viajar, jugar, enamorarse.
- Haría algo relacionado con el juego.
- ¿Y a qué juega la gente hoy?
- Supongo que a los que vienen almacenados en la memoria de las máquinas. Se me ocurren: el truco, la casita robada, el ajedrez.
- Algo relacionado con eso sería interesante y nos dejaría ganancia pero ¿qué vamos a hacer si el material con el que contamos es antimemoria? Es real, pegajoso, robusto, inmóvil.
- Tenés razón, me empecé a poner nervioso.
- Quedate tranquilo Antique, esto recién empieza y para los negocios hay que tener paciencia y un carácter de piedra. Deberíamos convertir la materialidad en la expresión de la memoria más sofisticada.
- ¿Pero cómo, si no contamos con las herramientas, ni con la tecnología, ni con los conocimientos?
- Esforzándonos. Las cosas se consiguen con perseverancia más que con el conocimiento.
- No se me ocurre cómo empezar.
- En principio, creo que deberíamos pensar hasta pulverizar cada una de las cosas que nos rodean.
- ¿Y qué quedaría si desaparecen?
- La memoria justamente. Tenemos que descubrir el movimiento del polvo, la lógica del juego del futuro. Arriesgarnos porque dicen que en los negocios “el que no arriesga, no gana”.
- ¿Entonces?
- Hay que apretar y descomponer.
- ¿Estás segura?
- Sí.
- ¿Y cómo las comprimimos?
- Primero, juntémoslas. Después intentemos deshacerlas con las manos. Si no funciona con los pies. Si no prospera pediremos un vehículo prestado para atropellarlas.
- Me parece un buen comienzo.
- Eso quería escuchar, palabras de esperanza para la empresa que nos une.
- Voy juntando entonces.
- Sí, amontonemos y veamos si nuestras manos son capaces de diluir la realidad, a tal punto de que la desmaterialización salga a nuestro encuentro.
- Me entusiasma convertirnos en los creadores de nuevos juegos para la memoria de las máquinas.
- A mí también, entonces ¡manos a la obra!

XXXIII-

Pero el nuevo emprendimiento nos lleva más tiempo del que teníamos pensado

dedicarle al trabajo. Es más, creemos que lleva bastante más que el trabajo que hacíamos antes y presiento no poder ver los frutos de la nueva empresa sin antes arrepentirme.

Antes cumplía diez horas diarias en las que acomodaba productos en los armarios, según sus tamaños y colores, corregía algún cartelito que se había corrido de su producto inicial y limpiaba los pisos cuando alguno de ellos se desparramaba. Lo que me ponía nerviosa era la multiplicación que hacía que las tareas no tuvieran fin. Antes veíamos los bordes, la diferencia entre los muebles y las manos, el delicado equilibrio de corte con trincheta entre la disposición en sus guaridas y las bocas de los clientes, en cambio, ahora, no hay límites, el trabajo se vuelve un cuadro impresionista en el que el movimiento parece predestinado por las pantallas del mundo. La fabricación de juegos para la memoria de las máquinas es un trabajo constante porque es realizado por nuestro cerebro más que por nuestras manos.

Y el funcionamiento de la mente es permanente. Digo esto y me enoja no saber revertir esta situación, rápidamente, siento culpa si se me ocurre descansar porque pienso que este es un trabajo colorido, que lo inventamos con Antique en pos de mantener la palabra que está por nacer. Entonces, un gato ronronea epílogos de mis declaraciones sin confesar: “¿no querías enamorarte; tener un hijo; no querías trabajar en un lugar entre productos capaces de sorprender y renovar de manera sencilla y económica el espíritu de cualquier persona?”

Mientras el animal lame las preguntas yo las contesto de manera afirmativa y, cuando se queda quieto, mi cuerpo se dirige en sentido contrario a las palabras. Entonces balbucea algo así como: “el cuerpo entiende cosas que la mente desconoce, pobrecita, pobrecita”. Pero, en cuanto termina su frase, ella interviene y dice: “pobrecito serás vos si seguís comportándote como si no tuvieras un juguete”.

Y pienso que la mente tiene razón y el cuerpo también y lo llamo a Antique para que ideemos, por lo menos, un juego con esa lucha aunque todavía no sepamos cómo resolverla.

Llega Antique con su amor de siempre, antidecapitado y me dice que esbochemos la caracterización de los personajes, la paleta de colores y la sincronización de los movimientos y, recién ahí, empiezo a sentirme mejor. No sé si es el amor, las palabras o qué, pero me vuelvo amable de repente. Y nos sentamos en el medio del campo que inventamos, con unas hojas, lápices y nos ponemos a trabajar. Una vez que terminamos los dibujos, empezamos a triturar los pedazos de cosas que necesitamos, nos mentalizamos y les transmitimos señales radioeléctricas a los materiales para que, al pulverizarse, se transformen en los juegos para la memoria de las máquinas que, pronto, esperamos nos darán de comer.

Después del proceso le pregunto a Antique:

- ¿No te cansa estar todo el día trabajando?
- Los comienzos siempre llevan tiempo pero después, cuando nuestros juegos sean conocidos y pedidos por el barrio, llamaremos a una empleada o dos para que podamos tener un día libre.
- ¿Cuánto tiempo faltará?
- No sé, por ahí un año o dos, nada más.
- Pero para ese entonces seremos padres y qué momento habremos tenido para pensar cómo llamarla.
- Entre las soluciones intermedias que vayamos encontrando. Estamos viviendo lo

que queríamos vivir entonces démosle tiempo a la imaginación para que nos mantenga.

– No quiero escuchar tus respuestas que intentan reconciliarme con lo que no quiero ser.

– Si no es así, nuestro amor no tiene horizonte.

– Tenés razón, tengo que hacer un esfuerzo.

– Te lo pido de corazón.

– Pero cambiamos de trabajo para tener tiempo y ahora trabajamos todo el día.

– ¿Y cómo hacías antes para ser feliz?

– Cuando estaba sola era más fácil. Pero desde que me enamoré quiero que mi tiempo libre se duplique para compartirlo con vos.

Cuando uno se enamora necesita más tiempo para abrazarse, pensar nombres de futuros hijos, diseñar ropa para pasear los fines de semana.

– Es que lo duplicamos estando juntos.

– ¿Cómo?

– Claro, ya no llegás sola a tu casa, llegamos juntos. No comés sola, comemos juntos. No imaginás el futuro sola, lo imaginamos juntos.

– ¿Será eso lo que me pasa u otra cosa?

– No sé, mientras tanto, decime: ¿Qué movimientos ejecutarán los contrincantes en este juego y qué efectos especiales podríamos utilizar?

XXXIV-

Empezamos a trabajar en la fabricación de los nuevos productos y, enseguida, nos damos cuenta de que necesitamos ayuda, pero cómo vamos a conseguir más empleados si transformamos a nuestros compañeros en materia prima de los juegos que fabricamos.

El tema es que ni siquiera tenemos tiempo de hacernos demasiadas preguntas porque los clientes cada día nos piden más insumos y dicen: “ya era hora de que alguien tomara el toro por las astas y reabrieran el local. Durante meses este sitio estuvo cerrado al público y nadie sabía bien por qué. Pero nosotros, los vecinos, tenemos derecho a tener en el barrio comercios de todo tipo para distraernos con sus productos”.

Me acuerdo de la señora que una mañana se enojó conmigo porque no creía que el local siguiera funcionando aún con las persianas bajas, que ahora me dice: “Estamos agradecidos por esta reinauguración, para nosotros significa un arcoíris de esperanzas, estos colores nos hacen entender que no sólo existen en la televisión”.

Teniendo en cuenta éstas y otras frases decidimos pegar en la puerta un aviso solicitando empleados nuevos. No podemos contar con los que transformamos porque eso podría jugarnos en contra, no sólo porque sería muy difícil la transmutación de un útil en un ser humano sino por el riesgo que correríamos frente a los medios de comunicación. Qué pasaría si llegara a ellos la noticia de este embalsamiento o frisado de color del que fuimos inventores. La eternidad sería posible gracias a la transmutación de lo humano en un paisaje, de lo urbano en el campo, del trabajo en quietud, del sacrificio en juego y de la vida de muchas personas en pos del nacimiento de una palabra futura.

Me consuela estar embarazada del porvenir sino estaría arrepentida de mi poder y les hubiera pedido perdón a todos, incluyendo a mis jefes, haciendo trabajo esclavo de por vida.

Pero los nuevos emprendimientos requieren de nuevas actitudes, insólitas estrategias de avance.

Antique, finalmente, coloca en la puerta una pantalla con lucecitas de colores que se encienden y se apagan anunciando el pedido. Y una fila de cien cuerdas se crea al minuto siguiente de haberla colgado.

Por un momento, nos ponemos nerviosos porque no sabemos cómo vamos a hacer para entrevistar a los desempleados porque correríamos el riesgo de dejar la producción de lado, más días de los estipulados.

Lo que necesitábamos empieza a molestarnos entonces Antique dice: “elijamos a una persona al azar para que empiece a realizar las entrevistas”. Salimos a la vereda y Antique le dice a una señorita:

– Usted, por favor, acérquese.

– Sí, cómo no.

– Tiene que empezar a trabajar en este preciso instante.

– ¡Ay, qué alegría! Yo creía que tenía que esperar mi turno.

– No, no es necesario, será la encargada de entrevistar a todas estas personas.

– Con mucho gusto ¿Y cuántas horas trabajaría?

– Las que sean necesarias.

– Pero tengo una familia, necesito saber para avisarles a qué hora regreso a comer.

– Si no acepta la propuesta, lamentamos informarle que el puesto se lo daremos a otra persona.

– Está bien. Acepto y vemos.

– Excelente respuesta “y vemos”.

– ¿Y cuál será mi sueldo?

– Siguiendo con su razonamiento anterior, le repito: “lo veremos en el transcurso de la jornada”.

– Pero necesito saberlo ahora. No es lo mismo que me paguen cinco pesos la hora a que me la paguen quince.

– Quédese tranquila porque va a ser mucho más que eso. Esas son cifras del pasado. Los montos del futuro brillan, imagínese su sueldo salido de un premio de un programa de televisión muy aplaudido.

– Me quedo tranquila, entonces.

– Sí, por supuesto.

Sacamos una mesa y una silla afuera para que nuestra primera empleada empiece con las entrevistas.

Con Antique seguimos pisando distintos objetos para convertirlos en polvo madre de los juegos para la memoria de las máquinas y, mientras trabajamos, le pregunto:

– ¿No creés que estuviste un poco tosco con la chica?

– Para nada, ¿por qué?

– Porque la gente necesita saber. El silencio y algunas palabras enloquecen por igual.

– Estás exagerando.

– Creo que deberíamos pensar en la palabra futura cuando hablamos con otras

personas que forman parte del presente.

- Tenemos que seguir. Hay muchas cosas por hacer.
- Lo sé pero empiezo a sentirme confundida.
- Te pido que no te dejes llevar sensaciones. En los negocios se necesitan respuestas. No nos enojemos, por favor, si nos queremos tanto...
- Sí, pero me siento extraña, como si...
- Como si qué...
- Cómo si me estuviera transformado en una caja de herramientas vacía.
- No digas eso justo ahora que vemos tu poder realizándose.

XXXV-

Desde hace un mes, la nueva empleada sigue entrevistando a la gente interesada en los puestos de trabajo que ofrecemos.

Con Antique no paramos, ni un minuto, de pensar en el diseño de productos accesibles y maravillosos para el tiempo libre de la comunidad y en cómo optimizar la fabricación de la materia prima para no desgastarnos físicamente. Sin embargo, a medida que el embarazo avanza mi estado de confusión crece. Tengo miedo de que mi vida se haya transformado en la copia de un trabajo que, por más llamativo que sea, me interna en una lógica que antes desprecié. Cómo puede ser, me pregunto, que antes trabajara diez horas por día pero en determinados momentos me sentía feliz, por ejemplo, cuando seleccionaba la ropa para ponerme al día siguiente, cuando esperaba el colectivo para ir al trabajo o cuando salía y buscaba finales extraordinarios para días comunes y que ahora como trabajo todo el día haya perdido esos momentos de diminuta libertad. Además, cuando llegamos a casa, las conversaciones con Antique no cesan de girar en torno a cómo hacer coincidir nuevos diseños con una excelente manufactura con una óptima materia prima y con una ganancia fuera de serie.

Antique intenta convencerme de que soy libre diseñando los productos pero yo siento que eso es mentira porque nuestra imaginación está agarrada al grillete de los consumidores, sin los cuales la palabra futura no podrá comer.

Pese a mis dudas sigo trabajando en un prototipo de un juego mudo hasta que empiezo a escuchar los gritos de la gente en la vereda y tengo que detenerme.

Mi mente se paraliza con las palabras que salen de las bocas de los desempleados insolados.

Me acerco hacia la ventana y escucho una discusión entre un hombre y la empleada:

- ¡Ché piba ¿vos te creés que somos idiotas?!
- No, para nada ¿qué le pasa?
- ¿Cómo me preguntás qué me pasa? Acaso, ¿no te das cuenta?
- Sí, pero ¿qué quiere que haga?
- Algo. Sos la cara visible de este infierno.
- A mí me pusieron en este puesto e intento hacer las cosas lo mejor posible.
- Es que no existen las palabra “mejor” y “posible” en estas circunstancias.

Estamos hace un mes esperando en esta fila que nos entrevistes para cubrir cinco puestos de trabajo. Deciles a tus jefes que esto es inhumano, que por lo menos salgan ellos a dar la cara y nos conviden un vaso de agua, un sandwichito, que traigan sillas, nos dividan por apellido y no nos hagan esperar más. ¿No te das

cuenta que si estamos acá hace treinta días, por ahí tenemos para treinta días más y estos son días y horas que estamos desperdiciando en la búsqueda de otras oportunidades?

– Señor, lo entiendo perfectamente, ahora voy a intentar comunicarme con los dueños.

– Vos entendés porque estás sentada, de esa manera se dejan pasar muchas más cosas que estando parado bajo este sol que nos está quemando vivos.

– Tenga paciencia, por favor, los voy a llamar.

– No, no tengo más paciencia. Tener más sería una contradicción con el hecho de estar erguido. Vaya a buscar a sus jefes y dígalos que queremos hablar algunas cositas con ellos.

– Está bien, voy a buscarlos y vuelvo.

En ese instante en el que la empleada se levanta de la silla para venir a contarnos la situación, escuchamos que atrás de la voz del hombre había muchas más que reproducían y amplificaban la de aquél.

Hablo con Antique y decidimos salir de la oficina a dar la cara, llevar unos banquitos, unas gaseosas, una esperanza pero, en ese momento, nos topamos con otro problema. Los desempleados se habían aliado con los vecinos y el reclamo consiste en que inventemos otra fuente de trabajo capaz de contentar a más personas.

Escuchamos a una vecina quejarse:

– Yo me sumo a lo que dice el señor que, pobre, está parado desde hace treinta días.

Pero, además, de pedir una gaseosa, un banquito, una esperanza, una explicación quiero que cierren este local de porquería que no le sirve a nadie y pongan un negocio como los de antes para que podamos tocar y disfrutar de los productos.

¡A quién le importan los juegos para la memoria de las máquinas! Acá las necesidades son otras, acaso ¿cuántos chicos se mueren sin sentir el vértigo que provocan los juegos mecánicos, cuántos de ellos tienen que padecer las risas de lugares lejanos traídos a la mesa por la televisión? Cuántos padres daríamos lo que no tenemos y más, por ver que alguien piensa en esta clase de divertimento y no en lo que nadie ve, como la memoria que funciona dentro de una caja.

La vecina termina su discurso y todos la aplauden. El señor que se quejaba por la espera, se queda en silencio.

Antique y yo salimos a la vereda y les decimos: “venimos para encontrar una solución, sigamos conversando, por favor”. Y, en ese momento, los desempleados y los vecinos nos abren paso y nos cercan de tal manera que quedamos en el centro de un círculo.

Y la vecina dice:

– Ahora sí, los escuchamos ¿qué tienen para decirnos?

XXXVI-

Con Antique nos quedamos un buen rato callados porque sentimos que la vecina dice una verdad. El estado de mudez me saca de la escena e imaginariamente me siento en el sillón en el que solía hacerlo mi madre cuando necesitaba abstraerse para pensar por qué estaba triste. Entonces le pido permiso para ocupar su lugarpreciado por un rato, ella accede y me quedo allí. Fijo la mirada en un punto supra real, a cinco centímetros por encima de mi cabeza y me voy con mis pensamientos a

caminar para ordenar los gritos de los acontecimientos. Y me pregunto: “¿cómo fue que llegamos a creer que el mejor producto para ser vendido en el barrio serían estos juegos para la memoria de las máquinas si la gente las conoce sólo a través de los flechazos de sus pantallas dentro de los bares? Además, ¿qué importancia tendría para los vecinos comprar cosas hermosas pero inmateriales?

A diferencia de lo que deseábamos en un principio que era fabricar objetos de colores y baratos con el espíritu de los adornos asiáticos, la tecnología, al no ser transportable, se convierte en un antiadorno pero ¿cómo habíamos caído en semejante contradicción, sabiendo la satisfacción que causa comprar aunque sea alguna chuchería para colgarnos del pelo, de la cintura, de los labios, de los vestidos, de las carteras, de las manos de los hijos por venir? ¿Cómo supusimos que íbamos a sobrevivir sabiendo que la materia prima de los productos que fabricamos está constituida, en parte, por la transmutación de los familiares de los vecinos? ¿A qué punto habíamos llegado, cuál era el límite entre los negocios, la imaginación y la necesidad? ¿Lo habíamos pasado por alto ahora que estábamos por ser padres? ¿Qué clase de locuras eran capaces de hacer los padres por una hija palabra futura? Pero también, encuentro una contradicción aún mayor, ya no de nuestra parte sino de los clientes. A nosotros nos estaba yendo muy bien, entonces ¿cómo hacían los vecinos para tener el dinero suficiente para comprar juegos de vanguardia?, ¿les estábamos vendiendo cosas importantes a gente que nunca habíamos visto? ¿Nuestros clientes vendrían de otros barrios, de otros países, de otros planetas? Y, si fuera cierto, ¿no era muy arriesgado vender productos nuevos a nuevos hombres que se inventaban de la nada para satisfacer nuestra oferta? La situación me está siendo extraña”.

Me angustian dos ideas distintas sobre el hecho de que puedo llegar a fin de mes sin dificultad. Por un lado, haber transformado para siempre a mis antiguos compañeros y además pensar que, por un buen negocio, me estoy transformando en alguien que no es feliz, simplemente, porque en este momento ni siquiera tengo tiempo para salir a caminar y dejarme llevar por cualquier imagen que me sorprenda. Como cuando me dejaba desviar por mi reflejo en las vidrieras; pensaba en cuáles serían las prendas que iban a salir del ropero a mi encuentro para combinarlas, de manera única, al día siguiente; en el tiempo dorado que tenía para charlar con el borracho, el especialista en cortes con cuchillo, la compañera de trabajo que terminó siendo mi amiga por los gustos que teníamos en común.

También me pregunto: “¿adónde quedó mi amor por la combinación de la ropa, por qué desde que empezamos el emprendimiento no quise cambiarme nunca más?, ¿me estoy abandonando porque tengo un amor?, ¿deberé separarme de Antique, renunciar a su amor para salvaguardar el propio?, ¿tan injusta es la vida o el destino que depara para mí? ¿por qué optamos por fabricar cosas inmateriales para gente real? ¿habríamos sido poseídos por un dios malo?”

Si esto es cierto hay que quebrar el maleficio porque.

Tenemos que volver a ser los de antes. Pero hay algo que me lo impide.

Estoy embarazada. Ya nada será igual.

Entonces, bajo la vista un centímetro de donde la tenía fijada y me concentro en la palabra que estoy engendrando.

Vislumbro una unión entre mi hija y los vecinos. Ellos anhelan sentir vértigo, emocionarse. Su pretensión es que les pase algo distinto cada día, cada hora, cada

minuto, cada segundo. El entrecruzamiento va cobrando una fuerza inigualable, es más potente que toda la tecnología que está a punto de inventarse. Mi hija y los vecinos se entusiasman. Me piden que tome alguna decisión.

De la parte de atrás de la silla sale mi madre a charlar:

- Estás muy linda como siempre, me gustó verte.
- ¿Dónde estabas mamá?
- Acostada en el suelo que pisaron tus pies mientras pensabas.
- Me pone contenta volver a verte ¿podrías hacerme compañía para enfrentar las preguntas que me hice?
- Me encantaría pero estoy muerta. Confiá en el encuentro de tu palabra y el vértigo que la vecina pide vivir.

XXXVII-

Agrando con la voz de mi madre mi vestido y la coso a mi cuerpo otra vez.

Ahora, con tres generaciones atravesadas en mi ropa, me levanto del sillón y, si bien camino como si tuviera piernas de palo, salgo decidida del local para darles una explicación a los vecinos.

Y digo:

- Gracias por esperarme, vine para contarles la decisión que tomé.

Antique me mira atónito y me pregunta:

- ¿Estás bien? Te pido, por favor, que hablemos antes de que sea demasiado tarde.

Le contesto:

- Estoy perfecta, mejor que nunca.

Los vecinos me preguntan:

- ¿Y qué es lo que tiene para decirnos?

Antique me mira con ojos de leopardo voraz pero no me ataca.

Y les digo a los vecinos:

- Estoy dispuesta a demoler el local para poner un parque de diversiones.

Antique se queda mudo y por lo bajo me dice:

- ¿Y qué vamos a hacer con nuestro sueño de crear juegos para la memoria de las máquinas? ¿Con la inversión realizada a costa de tanto sacrificio físico e imaginario?

– Nada. O todo. Tenemos que volver a destruir estos materiales para crear una memoria más real. La gente pide eso y eso haremos. Nuestros intereses quedarán supeditados a esa alegría.

– Pero nuestras inversiones distan mucho de equipararse con las necesarias para afrontar la construcción de un parque de diversiones.

– Lo sé, pero tenemos muchos recursos humanos. Y mirando a los manifestantes, les pregunto: “¿no es cierto?”

Ellos responden:

- Sí, somos muchos pero, justamente, por eso cómo nos van a pagar.

Les digo:

– Sabía que me iban a preguntar eso. Y este es un problema que lo tenemos que solucionar entre todos o es una solución que tenemos que problematizar en conjunto.

La vecina que había hablado antes dice:

- Yo propongo realizar un parque de diversiones artesanal porque no creo que contemos con el dinero de manera rápida y sencilla. Y la vida es hoy.

El desempleado agrega:

– ¿Y quién le dijo que no podíamos hacer juegos mecánicos por falta de dinero?
Sería cuestión de refuncionalizar cosas a motor que ya existen o tenemos.

Yo le pregunto a la vecina:

– ¿En qué consistiría un juego artesanal?

–Y bueno, haríamos uno a partir del vértigo que produce la altura y recolectar la mayor cantidad de escaleras de pintor posibles y hacer un circuito, incluyendo al pie de cada una colchonetas en desuso.

El desempleado agrega:

– Al mismo juego lo podríamos industrializar agregando unos motores a las escaleras y a los colchones para que circularan por un carril.

Un vecino dice:

– Yo dono mi pileta plástico para hacer una laguna artificial en la que pongamos unas tablas de madera que funcionen con baterías de motos.

Yo digo:

– Necesitamos a los jóvenes, ellos saben muy bien en qué consiste divertirse. Hay que llamarlos y hacerlos partícipes, en este momento crucial, del proyecto.

Los padres llaman a sus hijos y ellos aparecen gritando de entusiasmo.

Uno toma la palabra y dice:

– Podríamos hacer montañas para hacer picadas con la bicicleta.

Otros vecinos le dicen:

– Pero el asfalto es muy caro, cómo las haríamos.

Otro desempleado, entrenado en la compra y venta de metales, dice:

– Con metales. Los fundimos y hacemos montañas unidas por carriles empinados que vayan por entre las casas.

Estoy entusiasmada. La alegría me hace callar. Antique también está en silencio y le pregunto:

– ¿Qué te pasa?

Y me responde:

– Este proyecto me parece una locura. Tendríamos que habernos dado más tiempo, nada funciona de un día para el otro.

–Te entiendo pero es imprescindible realizarnos en los deseos de otros.

– ¿Y los nuestros?

– Están ahí, me lo dice la ropa que tengo puesta, cosida con un hilo blanco casi transparente entre la voz de mi madre y la palabra futura.

– No me convence. Nos va a costar mucho mantenernos de este modo.

– Pero el trabajo sin sorpresas explota.

XXXVIII-

Antique por un momento se queda en silencio y me pregunta al oído:

– ¿No creés que te apresuraste en hablar con la gente? Antes por lo menos, tendrías que habérmelo consultado.

–Tenés razón. Ahora mismo les digo a los vecinos que, antes de seguir con el nuevo proyecto, nos esperen un momento porque nos debemos una charla.

Pero apenas amago a decir esto que ellos me contestan:

– ¡No podemos esperarlos! Nosotros necesitamos ponernos a trabajar porque ya

esperamos demasiado tiempo.

Lo miro a Antique, por un momento, como diciéndole: “tenemos que flexibilizar nuestro amor más que el trabajo y sugerir que empiecen”.

Me adelanto a su palabras y continúo:

– Empiecen, no podemos seguir interrumpiendo la circulación normal del barrio.

Y, cuando me doy vuelta para apartarnos con Antique, lo veo disgustado como si no sólo la producción de juegos para la memoria de las máquinas se desmoronara.

Le digo:

– No te pongas así, la gente quiere participar en cosas que le den risa. Al final todos necesitamos lo mismo, ¿no te parece?

– A veces siento que para vos soy un amante de piedra, un padre de porcelana, un marido muerto. No te importa mi ilusión sobre las cosas.

– Cómo me decís eso, no te miré a vos pero fijate en cuántas personas me detuve. Además, el trabajo que veníamos realizando me estaba haciendo perder la cordura, me lastimaba, me hacía sentir inmadura.

– Al revés, quizá, justamente, porque estabas madurando, te pusiste terca.

– Como sea, lo mismo da. Me estaba sintiendo confundida y una futura madre, no tiene que sentirse así.

– Una futura madre debería haber pensado mejor la decisión que tomaba, ¿no ves que no sé cómo vamos a hacer para alimentar a nuestra futura hija?

– Pero, por ahí es más fácil responder esa pregunta porque somos más.

– Te equivocás, las soluciones son más difíciles de encontrar entre muchos porque son más los problemas por resolver.

– ¡¿Y qué pensás hacer, te vas a separar de mí, me vas a dejar sola a punto de dar a luz?!

– No, pero tus actitudes me dan tanta bronca que por momentos siento ganas de dejarte.

– ¡No digas eso, por dios! Me parece que me vas a volver a querer si me ves entre la gente como antes, cuando me conociste. Eso sí, creo que tenemos que pensar mejor cuáles son los límites de las refuncionalizaciones de las cosas.

Yo voy a empezar a trabajar sobre el límite de la ropa. Y cuando salimos digo:

– El vestuario es importante para el trabajador porque lo anima. Entonces, les pido que me traigan sus prendas favoritas que las voy a mezclar, luego cortar y volver a reunir. Las uniones, cuando las cosas se cortan, nunca vuelven a ser las de antes.

Sobre ese límite deberíamos pensar el parque de diversiones entero.

Los vecinos traen sus prendas, las mezclo sobre una mesa que me permite vislumbrar los destellos que cada una desea de la que tiene al lado y no conocía.

Mientras tanto, otros se encargan de la nueva materia prima que requieren los nuevos juegos, otros trazan un mapa, otros practican la contabilidad. Antique me mira entre la gente y acaricia los materiales petrificados para ver si así recobran la personalidad que tenían.

XXXIX-

Para construir algo, realmente nuevo, tenemos que romper todo el local. El que habíamos inaugurado con Antique, el anterior a éste y así, sucesivamente, hasta la

primera piedra. Romper es para nosotros atravesar el arcoíris de los antepasados, penetrar cada idea de la humanidad. Pero a medida que lo hacemos y alisamos el terreno para nuestro futuro parque de diversiones, nos empiezan a dar ganas de rompernos a nosotros mismos como producto de la adrenalina que provocamos en conjunto.

Llegamos así a conocer el primer escombros que encontramos en el predio y afirmamos sin pensar: “el vacío necesita ser contemplado con vacío”. Y es, en ese momento, que nos damos cuenta de que estamos cargados de cosas y por ese motivo improvisamos un ring en el que, a través de una lucha, cada uno se saca la historia que le pertenece. Este de por sí es un acontecimiento barrial al que se van acercando vecinos aledaños, como así también, extranjeros y gobernantes. Nosotros somos conscientes de las miradas que despertamos en relación a que ella, vista desde afuera, se convirtió en un entretenimiento pero nosotros estamos convencidos de que, más allá del público, esta pelea dista de ser un espectáculo porque somos partícipes de una transformación profunda, íntima y comunal al mismo tiempo.

La misma dura, aproximadamente, un año. Los visitantes vienen sólo los fines de semana pero nosotros no paramos ni un día de entrenar. Cuando la damos por finalizada escuchamos rumores del tipo: “¿cómo no se cansaron de estar veinticuatro horas peleándose durante un año entero?”. Cuando bajamos del ring contestamos: “un año en la vida de una persona no es nada, en función de la cantidad de tiempo en el que uno acumula cosas”.

Así, llegamos a contemplar vaciados el vacío.

La lucha a la que nosotros denominamos técnicamente con el nombre de “Primera Etapa del Trabajo” hizo que se nos borraran algunos rasgos de los rostros, que el cuerpo cambiara completamente en algunos casos, el color del pelo y el sexo.

Veo a Antique vestido de niño; mujeres de cinco años con pestañas largas y rubias y colorete en las mejillas más fuertes que los hombres; a mi amiga vuelta una anciana, parecida a mi madre diciéndome que lo mejor que le pasó en la vida fue haber nacido; hombres con rasgos de mujer; vestidos de seda en manos apuradas; me veo a mí con el cuerpo de una bebida aunque mi mente esté llena de alfileres con cabezas de colores.

El vacío nos devuelve imágenes incomprensibles y reales.

Estoy descansada. Dispuesta a comenzar la gran tarea.

Agarrada de la mano de Antique, les pregunto a los vecinos:

– ¿Cuándo empezamos?

Y ellos responden:

– ¿Estaremos preparados?

– Creo que sí. Que ya es hora.

– Pero todavía hay cosas que no entendemos.

– Como por ejemplo, cuáles.

– ¿Cómo hicimos para estar un año sin trabajar? ¿Cómo hicimos para sobrevivir sin comer?

– Por ahí los visitantes nos trajeron comida.

– Entonces, si pudimos sobrevivir, ¿para qué queremos empezar a trabajar?

– Para sentir vértigo ¿pero estaremos preparados?

– No sabemos.

– ¿Qué vamos a hacer? ¿No nos vamos a echar atrás ahora, no?

- Para nada.
- ¿Entonces?
- ¿Por dónde empezamos?
- Por ahí. Traigamos las palas, los colchones, las escaleras, el cemento, los motores, las baterías.
- Tenemos una duda, ¿los juegos no necesitarán vaciarse del pasado para el parque de hoy?
- No, a los juegos les compete el presente. La diversión es imperecedera.

XXXX-

Trabajamos con las herramientas del ayer el parque de diversiones del futuro.

Lustramos las palas, los martillos, las hebillas. Le sacamos brillo a los últimos clavos guardados en tarros de mayonesa envasada veinte años atrás.

El vértigo por venir nos deja callados y activos a la vez.

Avanzamos en la estructura de lo que más adelante tendremos que acolchar, rellenar, guarecer y pintar de alegres colores. Palos de madera que se cruzan como en un fuego sin arder.

Me gusta observar cómo comienza y avanza el nuevo proyecto. Me pregunto si todos los comienzos se producirán de la misma manera. Y no lo sé.

Con Antique, el inicio de la manutención fue una superficie que clamó por los límites de una memoria inventada. Pero antes, ¿qué había, cómo éramos?

Intento responder estas preguntas pero siento un espasmo y creo que mi hija palabra futura está por nacer, entonces, dejo de cavar el pozo en el que colocaremos un poste que más tarde sostendrá una cabina de teléfono antigua, atravesada por una trenza de colores que la va a comunicar con otra, ubicada en el último piso del edificio más alto del barrio.

Siento nuevamente un tirón y ya no puedo pensar porque una nube blanca entra en mi cabeza y quedo suspendida en el aire como un pájaro.

Sin pensar, grito. Como un animal que sabe que le está por pasar algo inédito y peligroso a la vez. Y de golpe llega Antique con unos hombres que tienen guantes de goma y unas señoras que llevan unas cañas tacuaras, recién arrancadas de la tierra y mi mamá vestida de mono con un delantal de cocina para saludarme. Al verla vestida así me doy cuenta de que la quiero mucho porque me gusta el disfraz que eligió para visitarme. A ella le paso mi nube y le digo que no tenga miedo. Que salte, que confíe en ella porque es un mono y ellos están preparados para vivir riesgos.

Entonces cierro los ojos y escucho cómo se empieza a desprender la palabra futura.

Por momentos, el no saber se hace insoportable e intuyo con los ojos cerrados y la boca desencajada que ningún juego podrá comparársele.

El dolor me vacía de imágenes y me llena de números que tienen las uñas pintadas.

Estoy por perderme pero los dedos con esmalte alrededor me sostienen aunque me arañen.

Soy la madre del futuro. Aunque la palabra todavía no haya salido de mí.

Antique me sostiene la cabeza y cuando lo miro le pregunto:

- ¿No tenías puestos guantes?
- Sí, de goma pero me los saqué para sostenerte mejor.
- Gracias. Me gusta tu piel.

– Cerrá los ojos así te puedo transmitir las historias que viven en mis manos para que te sientas mejor.

– El dolor no me deja concentrarme.

De ellas sale una voz distinta, nueva, que murmura algo así como: “tus manos de costurera, de repositora, de princesa, de limpieza, de inventora, de poner casetes antiguos en el equipo de música, de lectora de joyas compradas sin pensar. Tus manos que anudaron bolsas de pan y, por haber sido tantas, se volvieron transparentes”.

Acaricio con mis ojos, lo que supongo es, una pregunta.

Y cuando los estoy por cerrar otra vez, concentrándome en la respiración, escucho que los vecinos alrededor del pozo que estábamos cavando dicen:

– Cuidado con las palas y los rastrillos, podríamos, sin darnos cuenta, tachar la criatura.

Y pido:

– No me lastimen, que ahí viene, siento un desgarró, no pensamos su nombre, el tiempo deshecho, la palabra futuro. Sujétennos fuerte.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

www.instagram.com/tadomenech

www.instagram.com/ediciones.presente